

ROMAN



ROMAN

1226

LEYENDAS DE D. JOSÉ ZORRILLA



R. 2500

LEYENDAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

TOMO II



MADRID, MCM I
MANUEL PEDRO DELGADO,
EDITOR

LEYENDAS

D. JOSÉ TORRALBA

Esta obra es propiedad de su editor, el cual
ha hecho el depósito marcado por la ley, ante la
que perseguirá toda reproducción del texto ó
de sus ilustraciones.



EL ESCULTOR Y EL DUQUE

ILUSTRACIONES

DE D. DANIEL URRABIETA VIERGE

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS

DE D. ARTURO MÉLIDA





I



Ño de más ó de menos,
Si no miente mi memoria,
Mil quinientos veintidós
Corren, y una tras de otra
Por la preferencia luchan
Las muy exquisitas obras
Con que un escultor de Italia
Admira Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
La fama que una le cobra,
Reputación y caudales
Siempre la última le dobla.

Siempre dél espera el vulgo,
Y siempre el vulgo se asombra
Al ver el nuevo prodigio
De su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
Ni comunidad, por corta
Ó pobre que sea, á quien
Una efigie no se rompa.
Que habiendo por precisión
De buscar quien la componga,
Más vale hacer otra nueva,
Siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
Pero es de mano muy tosca;
Allí un crucifijo, y bueno,
Pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
¡Cosa estupenda! Mas sobran
Dos líneas de la peana
Y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
¡Soberbia estatua! ¡gran cosa!
Mas dicen que por desnuda
No es imagen muy devota.
Y así cada cual encuentra
Pretextos que le ocasionan
Del taller del florentino
La visita rigurosa.
Y así su fecunda mano
Sin darse descanso brota
Para uno un San Aquilino,
Para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
Emplee, pues fama goza
Que dar crédito pudiera
Al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
Aire audaz, mirada torva,
Barba crecida hasta el pecho,
Aliento recio y voz ronca,
Mejor que artista parece
Bandolero, y más importa
Guardarse de él, que guardar
Sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
Cólera mucha y muy pronta,
Y son de largos sus hechos
Lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
Ni á nadie contó su historia;
Ni los valientes le arredran,
Ni á los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
Y aunque frío con las mozas,
No es con ninguna grosero,
Y retrata á las hermosas.
Es largo con los soldados,
Que las armas le enamoran;
Saluda siempre que alcanza
Las banderas españolas;
Y aunque con todos severo,
Jamás los chicos le enojan,
Aplaude á los revoltosos
Y acaricia á los que lloran.

Lo mismo el sayo se ciñe
Que se revuelve la cota,
Lo mismo sacude el mazo
Que sacude la tizona,
Y sin que aperciba grande
Diferencia de uno á otra,
Lo mismo sierra un madero
Como una cabeza corta.
Extranjero, y sin su gente
Que en su lengua le responda,
Que le recuerde sus gustos
Ó le llore sus zozobras,
Ni conoce jerarquías,
Ni distingue de personas;
Jamás su trabajo lleva
Quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos,
Que por experiencia propia
Sabe que muy raras veces
Los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Obscureciéndole el alma
Como tempestades torvas
Que con negros nubarrones
Al són del viento se agolpan,
Con la fatiga del cuerpo
Los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
La ambición puesta en su gloria,
Para vivir solo y triste
Todo lo demás le sobra.



Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Oscureciéndole el alma,
Como tempestades torbas
Que con negros nubarrones
Al son del viento se agolpan.

(*El Escultor y el Duque*, pag. 10.)



En un claustro de un convento
Como á las tres de la tarde
Hay gran reunión de gente,
Toda atenta y toda grave.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 11.)



II

En un claustro de un convento,
Como á las tres de una tarde,
Hay gran reunión de gente,
Toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
Todos á la misma parte,
Los nobles y el populacho,
Los soldados y los frailes.
De cuando en cuando se escucha
Murmullo y cortadas frases
De los que no han visto y llegan,
Y de los que ven y parten.

Unos dicen: «¡Brava pieza!»
Dicen otros: «¡Cosa grande!»
Y se empujan y encaraman
Los de atrás en los de adelante.
Uno alaba los contornos,
Lo leve otro del ropaje,
Otro las manos del niño,
Otro el rostro de la madre;
Quién dice que la cabeza
Es un prodigio; admirable
Dice otro que es la invención,
Citando reglas del arte;
Y todos al par confiesan
Que ella es de las más cabales
Obras que á pública vista
Se han puesto cien años hace.
El que no entiende ve y calla,
Y en ver hace lo bastante,
Que al buen callar llaman Sancho,
Y sobre ver esto baste.
Lo más que á alguno le ocurre,
De los muchos que *no saben*,
Es, volviéndose á algún monje,
Preguntar:—¿Quién lo hizo, padre?
Á lo que, con voz sonora,
Dice satisfecho el fraile:
—Se le encargó á un italiano,
¡Y es gran cosa! Bien lo vale.—
Como quien dice:—¡Se compra
Porque no habrá quien lo pague!—
Y el vulgo que atento lo oye,
Se queda á obscuras como antes.



Mirando estuvo gran trecho
La escultura venerable.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 13.)

Fuése al fin disminuyendo
La concurrencia, y la imagen
Quedó cercada en el claustro
De unos cuantos personajes,
Todos ellos gente hidalga
Si se exceptúan los padres
Del convento, que les ríen,
Y lo que dicen aplauden.
Mas entre todos hay uno
Cuyo exterior respetable
Decoran altas insignias
Civiles y militares,
Que con mirada severa
Y desabrido semblante
Mirando estuvo gran trecho
La escultura venerable.
Y recogidos los párpados,
Fruncido el ceño, fugándose
Las miradas de los ojos
Cual si mucho le pesase
Que sospechen de la estatua
Lo que piensa ó lo que sabe,
Está en situación confusa,
Difícil é inexplicable.
Mostráronle una tras otra
Las bellezas y bondades
De la estatua, lo armonioso
De la escultura y lo fácil;
La expresión y el movimiento
Del conjunto, y de las partes
El desempeño y estudio,
Todo á cual más estimable.

Mas él á las advertencias
Contestando con señales
De atención poco expresivas,
Contemplábala el semblante.
Y á fe que el de la Madonna
Era cosa de admirarse,
Rostro peregrino y bello
En efigie cuanto cabe.
Representóla el artista
Sonriendo al tierno infante
Que la colocó en los brazos
Á su pecho alimentándose.
Reía el niño y mirábala,
Sonreía ella mirándole,
Y revelaban entrambos
El placer más entrañable,
Él libando de sus pechos
Néctar dulcísimo y suave,
Ella dándole la esencia
De su purísima sangre.
Y en situación tan sencilla,
Verdadera é inefable,
Que era imposible sin lágrimas
Á sangre fría mirarles.
Por último, anocheciendo
Y necesaria faltándoles
Luz, se apartaron del claustro
Los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidadosamente
La puerta con dobles llaves,
Y hasta el pórtico salieron
Tras el frío personaje,

Que devolvió sus saludos
Con atentos ademanes,
Como quien tal los merece
Y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pie los monjes
Hasta que volvió la calle,
Y él dió el brazo á un caballero
Que deja que le acompañe.





III

Cerraba espesa la noche
Fría, y amagando lluvia,
Por lo que aprietan el paso
Y los embozos se cruzan,
Y entre el rumor de sus huellas,
Entrecortada y confusa
De los dos nobles á trozos
La conversación se escucha.

—¿Qué os ha parecido, Duque?

—Exquisita es la escultura.

—Mucha atención la pusisteis.

—¿Lo echasteis de ver?

—Sin duda.

Más de una hora habéis estado
Delante de ella.

—Me gusta;

Y, os lo confieso, Marqués,
Á estar hoy en venta pública...
—¿Eso os detiene? pedidla.
Vos sois en Sevilla...

—Nunca;

Eso fuera prevalerme
De mi posición, segura
Mi ganancia, y pues los monjes
La obra encargaron, ya es suya.—
Siguieron cruzando calles,
Tomando señas en unas,
Equivocándose en otras,
Como quien camino busca,
Y al cabo de muchos pasos
Y equivocaciones muchas,
Llegaron frente una casa
De una callejuela obscura.
—Aquí vive,—dijo el Duque.
—¿Quién?

—Alabo la pregunta.

—¿Me habéis dicho adónde vamos?

—¿No?

—No.

—Pues muy oportuna

Es la ocasión para verlo.—

Y á una violenta y ruda

Aldabonada, la puerta

Estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera

Pasos, y por las junturas

Penetró la luz movible

Con que por dentro se alumbran.



Siguieron cruzando calles,
Tomando señas en unas,
Esquivándose en otras,
Como quien camino busca,
(*El Escultor y el Duque. pág. 18.*)



Delante sus ojos tienen
Bella aparición nocturna,
De la Madonna del claustro
La exactísima figura.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 19.)

—¿Quién es?—preguntó dulcísima

Una voz suave que anuncia

Una mujer, cuya forma

Aún á la vista se oculta.

—Hidalgos,—dijo el de fuera.

—¿Y á quién los hidalgos buscan?

—Al escultor Torrigiano.

¿Vive aquí?

—Sin duda alguna.—

Se abrió la puerta, y entrando

Los dos hidalgos á una,

Sus dos ánimas quedaron

Estupefactas y mudas.

Y aunque expresión muy diversa

Muestran sus rostros, acusan

Los dos el asombro interno

Con que sus afectos luchan.

Y á fe que asombro merece

Lo que á contemplar se agrupan,

Lo que aún á creer no aciertan

Pasmados de la aventura.

Porque asida al picaporte

Y á la luz trémula y turbia

De una bujía, que al soplo

Del aire brilla insegura,

Delante sus ojos tienen

Bella aparición nocturna,

De la Madonna del claustro

La exactísima figura.

Aquel peregrino rostro,

Aquella trenzada y rubia

Cabellera, aquellos ojos

Que al cielo el color anublan,
Aquella sonrisa de ángel
Tan celestial y tan pura,
Aquellos brazos tornátiles
Y aquellas manos menudas,
Son ¡vive Cristo! las mismas
De la divina escultura,
Y ello será brujería,
Pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
Los hidalgos, y confusa
Mostrábase ella, su espanto
Sin saber á qué atribuya,
Hasta que el Duque el embozo
Bajando, la faz ceñuda
Mostró á la luz, y la niña
Conociéndola se turba.
—¡Hola!—dijo aquél subiendo—
Mucho de casas te mudas.—
Y ella contestó cerrando:
—Ya veis, Don Juan, que era mucha
La exposición de vivir
Á solas con mi fortuna.—
—¡Hém!—dijo el Duque lanzando
Una tos seca y profunda.—
No es mala tu compañía
Si mucho tiempo te dura.—
Y mascullando otra tos
Que la garganta le anuda,
Llegó á una sala cuadrada
Donde el florentino estudia.

Púsose en pie el escultor,
Y arrimando dos sitiales,
Excusó ceremoniales
Hablando en este tenor.

TORRIGIANO

¿Á qué fortuna merezco
El honor de esta visita?

DUQUE

Á un señor que necesita
Una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer
Á gusto de esa persona.

DUQUE

Es copia de una Madonna
Que habéis concluído ayer.

TORRIGIANO

¿El tamaño?

DUQUE

A vuestro gusto,
Como me la hagáis igual;

La semejanza cabal
Es en ella lo que ajusto.
¿Acceptáis la condición?

TORRIGIANO

Si no es como la prometo,
Á dárosla me someto
Sin gozar retribución.
Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo allí que retratar
Á mi hijo y mi mujer.

DUQUE

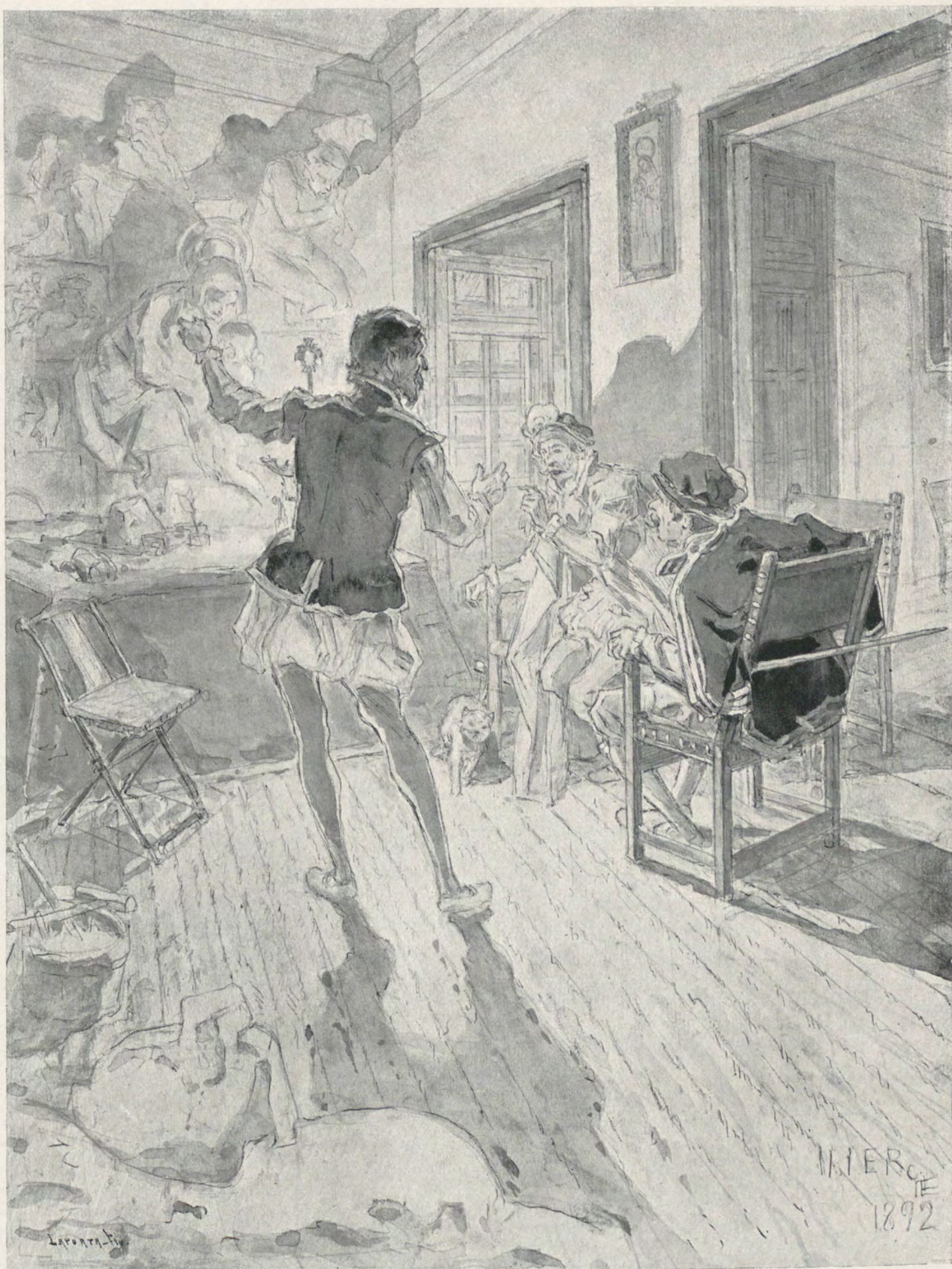
¡Cómo!

TORRIGIANO

Tuve ese capricho
En la que ayer concluí,
Y á no ser la estatua así,
Es imposible lo dicho.

DUQUE

¿Y ese amante desvarío
Puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo,
Si vos me cumplís el mío.
Callaron por un momento
Como quien recela ó duda,



Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo allí que retratar
À mi hijo y mi mujer.
(*El Escultor y el Duque*, pág. 22.)

Y un punto consigo mismo
Su resolución consulta.
Y el hidalgo y el artista,
Que uno de otro se aseguran,
Al mismo tiempo dejando
Su actitud meditabunda,
Cambiaron, como por prendas
De la confianza última,
Esta respuesta el hidalgo
Y el artista esta pregunta:

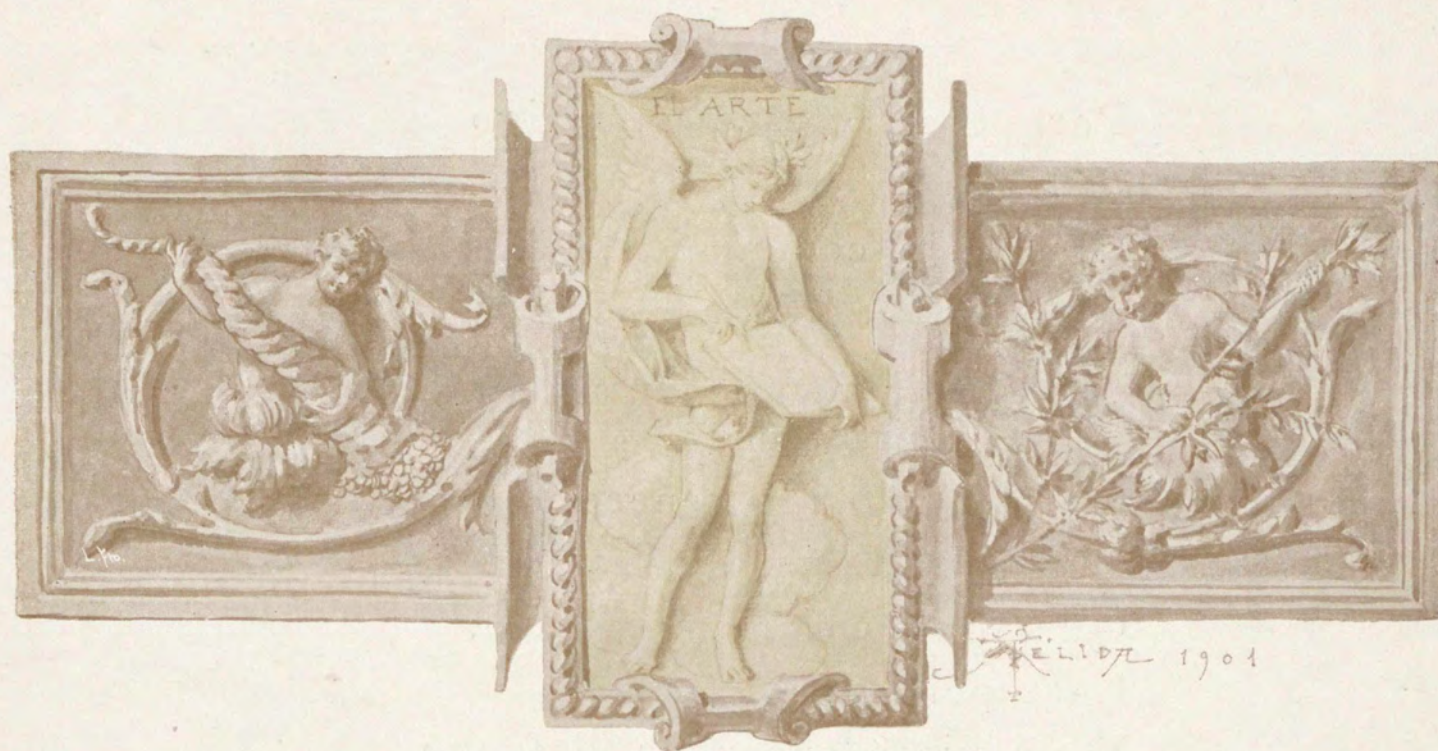
TORRIGIANO

Pues que no anduvimos parcos
De explicaciones los dos,
¿Me diréis si es para vos?

DUQUE

Llevádsela al Duque de Arcos,
¡Que no os pesará por Dios!



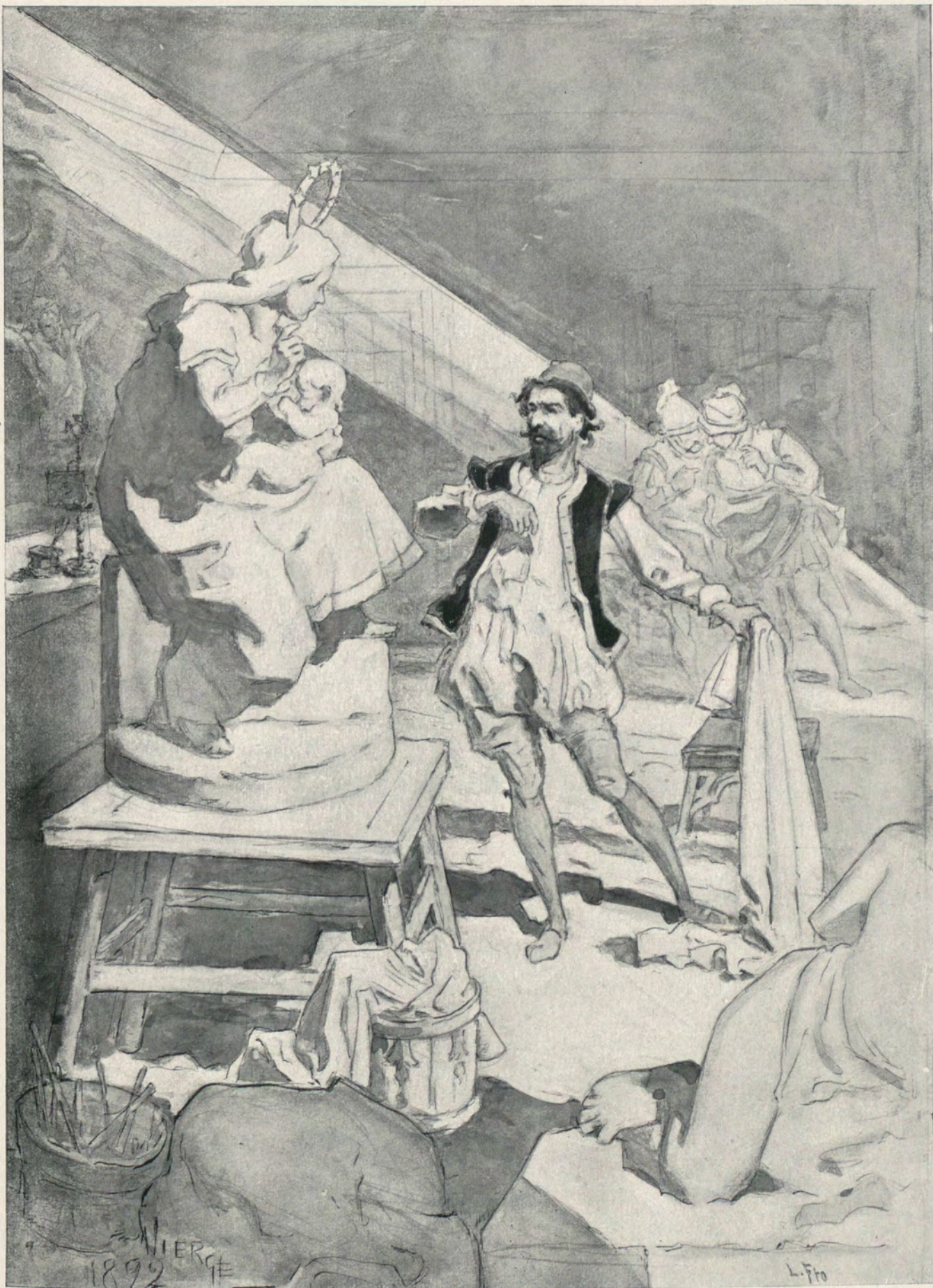


IV

Y yendo y viniendo días,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta
La Madonna se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madonna anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiración.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fué el suspiro postrimero
Que exhaló su corazón.

Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de aflicción.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brío rejuvenece
De la perdida ilusión,
Que provoca el entusiasmo,
La esperanza y el amor,
Y vuelve á encender el fuego
De la fe que se apagó.
Es un bálsamo escondido
Del ánima en un rincón,
Que cicatriza las llagas
Que la desventura abrió.

Y hay un sacro y absoluto
Momento de bendición,
En que el placer del artista
Lo concibe sólo Dios.
Pues no halla la mariposa
Con tanto gusto una flor;
Ni halla la floresta el ave
Que de la jaula escapó,
Ni halla afanada la abeja
La miel de que vaga en pos,
Ni halla el mísero cautivo
La luz que ver no esperó,
Con tan intensa y tan pura
Celestial satisfacción
Como halla el cansado artista
Lo que él á solas creó.



Y hay un sacro absoluto
Momento de bendición
En que el placer del artista
Lo concibe solo Dios.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 26.)

Es un sueño venturoso
Que en alas de la ilusión
Muestra al alma un ignorado
Paraíso encantador.
Es el beso de una madre
Al hijo que le nació,
Por cuya vista ha sufrido
Largas horas de dolor;
Que le ama más, cuanto más
La cuesta su posesión;
Y... no hay símil de ambas cosas
Más exacto ni mejor.

Y pues su linda Madonna
Torrignano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

Á la mañana siguiente
La preciosísima efigie
Esperaba al Duque de Arcos
Que acabara de vestirse;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Virgen,
En la retirada calle
Donde Torrignano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.

Dejemos al noble Duque,
En armas y amor insigne,
Que la divina escultura
Enamorado acaricie;
Dejemos al florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que augure
Horas tras su afán felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artífice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La extraña razón concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazón con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un arcano incomprensible,
Mas tiene presentimientos
El corazón infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines,
Por ver si llega más pronto
Ó más pronto le apercibe,
Cuando un hombre que se acerca
Rápido, con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestación la pide.



Volvió la carta, diciendo:
— Sin respuesta no he de irme.
(*El Escultor y el Duque*, pág. 29.)

En vano tal osadía
Querido hubiera impedirle,
Y en vano algunas palabras
De justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
Le llama..., le grita y sigue;
Y allá hacia el fin de la calle
Vuelve á pararse impasible.
Á poco rato el mismo hombre
Paso á paso se dirige
Otra vez á la ventana;
Y esto que advierte la Tisbe,
Toma la carta del suelo,
Aguarda que se aproxime,
Y con desprecio tirándosela
Que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
Pero ni tiempo consigue
Para encajar la falleba,
Porque el hombre, que se sirve
De ambas manos, deteniéndolos
Con vigor irresistible,
Volvió la carta, diciendo:
—Sin respuesta no he de irme.—
Y al ir palabras más duras
Colérica á dirigirle,
Apareció el Torrigiano
Y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame
Que dos veces ha pasado
Y ese papel ha tirado
Por la reja.

TORRIGIANO

El papel dame,
Que, á lo que veo, él ha huído:
Mas ¿qué tiemblas, alma mía?
¿No ves que de su osadía
Tú la culpa no has tenido?

TISBE

¡Ay, Pedro! que ese papel
Me da recelos fatales,
Y me parecen puñales
Cuántas letras hay en él.

TORRIGIANO

¡Calla, inocente!

TISBE

No le abras,
Pedro.



*Un día de resistencia
Da la muerte al Torrigiano.
(El Escultor y el Duque, pág. 31.)*

TORRIGIANO

¿Saber no es mejor
De qué mal es portador?
Y, al fin, son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, á Tisbe.)

Pero, Tisbe, es para ti;
Tu nombre al principio viene...
Veamos lo que contiene,
Y escucha, que dice así:

(Lee.)

«Tisbe, elige: está en tu mano
Mi ventura y su sentencia:
Un día de resistencia
Da la muerte al Torrigiano.»

TISBE

¡Ay, Torrigiano, ay de mí!
Que con mi negra hermosura
Te traje la desventura,
Y acaso muerte te dí.

TORRIGIANO

¿Mas qué misterio penetras
En ese papel, que á voces
Mi muerte auguras? ¿Conoces
Quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No, lo adivino no más:
De un villano que en tu ausencia
Con inaudita insolencia
Me enamoró son quizás.
Toda Sevilla corrí,
De casas mudé esquivándole,
Y logré, desorientándole,
Vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
Desde el momento de verle,
Y sólo supe temerle
Y no lo bastante pienso.

TORRIGIANO

¿Y por qué no me has mostrado
Á ese traidor cara á cara,
Y en mis brazos acabara,
Que era morir muy honrado?

TISBE

Á verte una noche vino
Y en mi cuarto me encerré,
Como quien siente y no ve
Los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba;
Porque tal horror sentía,
Que aun de su voz, si la oía,
No sé qué me recelaba.



No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,
(*El Escultor y el Duque*, pág. 33.)

TORRIGIANO. (*Desesperado.*)

¡Y yo, necio, se la dí,
Se la llevé yo, en persona...!

(*Á Tisbe.*)

Y viendo aquella Madonna
Que se parecía á ti,
¿No lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos...

TORRIGIANO

¡Cargue, voto va los cielos,
Con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué á punto
Con mi maldita escultura
Yo mismo de tu hermosura
Fuí á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fatua
Me hará de irrisión objeto...!
¡Maldito si no le meto
En el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo
La espada en el cinto pone,
Y desatinadamente
La mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,

Ni que las tuyas abrace,
Pues sus intentos supone;
Que ni advertencias admite,
Ni fríos consejos oye,
Ni lo que intenta concibe,
Ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
Sólo necesita un hombre,
Y pues encontrarle es fuerza,
Sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas,
Y el corazón de temores.
Así estuvo largo tiempo,
Sin que distraerla logren
De sus pensamientos tristes
Y negras cavilaciones,
Ni de la luz reflejada
Por el cristal los colores
Brillantes, ni las figuras
De la calle, ni las voces.
Hasta que, vuelta á sí misma,
De los cristales quitóse,
Y viendo aún en el suelo
El papel infausto, asíóle.
Tendió sin ver lo que hacía
Los ojos por sus renglones,
Y helóse al ver estos cuatro,
No leídos hasta entonces:



Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas
Y el corazón de temores.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 34.)



Hacia el palacio del duque
Desalentada corre.
(*El Escultor y el Duque*, pág. 35.)

«Esta profana escultura
Diviniza una pasión,
Y enviada á la Inquisición
Os abre la sepultura.»

Lanzó la infeliz un grito,
Y como el tiro conoce,
Hacia el palacio del Duque
Desatalentada corre.





V

El sombrero hasta las cejas,
Fiera y sombría la cara,
Atenazados los dientes
Y echada al hombro la capa,
Como una sombra fatídica
De algún panteón escapada,
Por la escalera del Duque
Audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
Y un tramo tras otro gana

Cual si en trepar con tal brío
Alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
Y á detenerle no bastan
Las señas de los porteros
Y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
De ira ó desprecio le espanta,
Al otro de una embestida
Le tumba en tierra de espaldas.
Y así, sin más miramientos,
Llegó de una en otra estancia
Del gabinete del Duque
Hasta tocar la mampara.
Asióla del picaporte,
Y por si en abrirse tarda,
Con sacudida violenta
Del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el Duque,
Y al ir á volver la cara
Ya el Torrigiano tenía
La mano en su hombro posada.
—¿Qué me queréis, señor mío?
—Mi escultura.

—Está comprada.

—Ahí tenéis vuestro dinero;
No quiero venderla, dádmela.—
Y el Torrigiano en la mesa
Tiró el saquillo de plata
Que en precio de la escultura
Recibió por la mañana.
Rióse el Duque, y le dijo:



Al uno con un bufido
De ira ó desprecio le espanta,
Al otro de una embestida
Le tumba en tierra de espaldas.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 38.)



— Ahí tenéis vuestro dinero,
No quiero venderla, dádmela.
Y el Torrigiano en la mesa
Tiró el saquillo de plata.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 38.)

—¿Sabe, buen hombre, á quién habla?

¿Sabe que sólo mi voz

Para aniquilarle basta?—

Rugió el Torrigiano de ira,

Y dijo con voz ahogada:

—Será si la dejo yo

Que pase por la garganta;

Y no piense que eso es sólo

Lo que á mi cólera basta.

Ahora venga la escultura;

Luego, pues dagas y espadas

Tenemos, y hombres nacimos,

Saldrá de aquí lo que salga.—

Y abalanzándose rápido

Á las puertas que la estancia

Tras de la mampara cierran,

Con resolución exclama:

—Ó defendeos, ú os mato,

Que os juro que vuestra carta

Otra respuesta no tiene

Que un párrafo de estocadas.—

Y ya sin otro remedio

Asió el Duque espada y daga,

Y trabóse la contienda,

Que por Dios que fué empuñada.

El artista, que se sirve

Cual del cincel de su arma,

El pecho de su contrario

Á cada momento amaga.

Y aunque de audaz y valiente

Con reputación sobrada,

No se dió por muy seguro

El Duque, que ya pensaba
En ganar tiempo, aunque acaso
Toda la honra costara;
Mas la rapidez del otro
Hasta la voz le embargaba.
Y se perdían sus ojos,
Y sus manos no bastaban
Á parar tan recios golpes
Y tan recias cuchilladas;
Y aunque muy bien se defiende,
Que al fin le va vida y fama,
Ya en el rincón de una puerta
El escultor le acorrala;
Y ya el feroz Torrigiano,
Que ve cerca su venganza,
En coserle contra el quicio
Con negra intención pensaba,
Cuando tremendo tumulto
Que por defuera se alcanza,
Llegó en confuso desorden
Hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta
Y caer amenazaba,
Y miedo el Duque perdía
Y el Torrigiano esperanza.
Aquél ganaba terreno,
Y así la lid comenzada
Cambió de aspecto en un punto
De consecuencia y de causa,
Porque, al dar el Torrigiano
En una pared de espalda,
Se abrió, al empuje, de lienzo



Y se perdían sus ojos,
Y sus manos no bastaban
A parar tan recios golpes
Y tan recias cuchilladas.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 40.)



Y desgarrado el vestido,
Las manos atrás atadas,
Sacáronle del palacio
Entre broqueles y lanzas.
(*El Escultor y el Duque*, pág. 41.)



Y rebotando despecho
Y de otro enemigo á falta,
«¡Maldita seas!» la dijo,
Y diola una cuchillada.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 41.)

Una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
Cerró el Duque, y en la estancia
Donde quedó el escultor
Topó con su efigie infausta.
Y rebosando despecho
Y de otro enemigo á falta,
«¡Maldita seas!» la dijo,
Y dióla una cuchillada;
Á cuyo momento entrando
Pajes, corchetes y guardias,
Dijo señalando el Duque
Los pedazos que rodaban:
—Á la Inquisición llevadle,
Las imágenes maltrata;
Si se resiste, amarrarlo;
Y si grita, una mordaza.—
Lanzáronse al Torrigiano,
Que, en la triunfante mirada
Que le lanzó su enemigo,
Vió bien lo que le restaba.
Tomaron, pues, los pedazos
De la destruída estatua,
Y desgarrado el vestido,
Las manos atrás atadas,
Sacáronle del palacio
Entre broqueles y lanzas,
Y echaron al Santo Oficio
Atravesando la plaza.





CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,
Con noble empeño lidiar
Para comprar con tu sangre
El sol de tu libertad,
Si Pisa y el Garigliano
Sólo en tu memoria están
Como bajeles perdidos
En la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
Tus largos días de afán,

Tus largas noches de vela
Y de esperanza tenaz,
Si en tus cadenas traidoras
Tu gloria se va á estrellar,
Y no habrá en tu sepultura
De tu nombre una señal?
¡Sueños de la juventud,
Sueños de gloria fugaz,
Que en un negro calabozo
Fuisteis al fin á parar;
Cifras con que fulminaron
Una sentencia fatal,
Su acongojada memoria
No tiranicéis jamás!
Delirios de amor dichosos
Que vinisteis á alumbrar
De su tormentosa vida
El continuo vendaval,
Id á vuestras alas viento
En otra ánima á buscar,
Y en sus cadenas dormido
Al pobre artista dejad.
Dejad que duerma un instante,
Y ese instante pueda hallar
Entre sus sueños febriles
De triste felicidad.
¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
Te va á ser el despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad!
Duerme tranquilo, ¡soldado!;
Reposa un momento más,



En vano á tus carceleros
Ansiosa fué á preguntar.
(*El Escultor y el Duque*, pág. 45.)

Que al cabo así no es tan duro
Con el castillo volar.
Duerme sin temor, ¡artista!,
Que los nudos del dogal
El laurel de tu corona
No han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante,
Que á morir por tu amor vas,
Y no temas de tu Tisbe
Un olvido criminal.
Duerme, mientras sollozando
Bajo tus rejas está,
Y sus suspiros te roba
Al airecillo fugaz.
En vano á tus carceleros
Ansiosa fué á preguntar;
En vano oró largas horas
En la santa catedral;
En vano quiso á tus jueces
Con lágrimas conquistar,
Que ni la tierra ni el cielo
Oído á sus penas dan.
Sí; mientras tú te resuelves
Á morir en soledad
Y á darles muerta la carne
Que quieren ver palpar,
Ella resuelve contigo
Llegar á la eternidad,
Y al pie de tu calabozo,
Cuando expires, expirar.
Que está segura que su alma
Saldrá tu alma á buscar,

Y cuando aliento te falte,
Aliento la faltará:
Tierna paloma que el grano
No sabe sola encontrar,
Y expira cuando la falta
Quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
Que es muy duro despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.

Oyéronse por defuera
Rudamente rechinar,
Y abrió el escultor los ojos
Á la negra obscuridad.
Y aun de los lazos del sueño
Sin poderse desatar,
El ruido oyó, y el soldado
Preguntó altivo:—«¿Quién va?»
Pero al ver con sus linternas
La gente del tribunal,
La noble cerviz al pecho
Tornó el mísero á doblar.
Y para oír su sentencia,
Dada sin juicio quizás,
Aguardó en mustio silencio
Á que quisiesen hablar.

—¿Cómo os llamáis?

—Torigiano.

—¿Sois de Florencia?

—Es verdad.

—¿Soldado?

—Con una espada,



Y á esta idea el escultor
Como quien la puede usar,
Echó mano á su cintura,
De donde faltaba ya.

(*El Escultor y el Duque*, pág. 47.)

No lo pudierais dudar.

—¿Tenéis amor á las armas?

¿Si os dieran una...?

—Ojalá.—

Y á esta idea el escultor,

Como quien la puede usar,

Echó mano á su cintura,

De donde faltaba ya.

Lanzó el artista un suspiro,

Y, tornándose á sentar,

Dijo en derredor mirando:

—Es inútil, despachad.—

Siguió preguntando el hombre

Deletreando á la par:

—¿Habéis hecho aquesta imagen?—

Y el triste, á pregunta tal,

Volvió los ojos á su obra,

Y al cabo... rompió á llorar;

Y echando al busto los brazos

Con desesperado afán,

Pidió que antes de romperla

Se la dejaran besar,

Lo cual demencia juzgado,

Y deseando abreviar,

Por respuesta le leyeron

El pergamino fatal,

Donde sin apelación,

Con tres palabras no más,

Al fuego le condenaba

Por hereje el tribunal.

Volviéronle, pues, el rostro,

Y uno, ó compasivo asaz,

Ó no alcanzando en qué uso
Aquel madero ocupar,
Díjole con befa estúpida:
«¡Vaya, buen hombre, tomad!»
Y el busto de su Madonna
Le echó á los pies al cerrar.

Cuando á la fin de tres días
Llegó la hora tremenda
De cumplir en Torrigiano
El rigor de su sentencia,
Llegaron hasta su encierro
Los que debían ponerla
Por obra, y los seis cerrojos
Descorrieron de su puerta.
Á voces y por su nombre
Le llamaron desde fuera,
Mas sus voces se perdían
En lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
Y á faltarles la respuesta,
Hasta que, asiendo una antorcha,
Penetraron en la cueva.
«Vamos,—dijeron—hereje,
Que está ya ardiendo la hoguera.»
Y en faz amenazadora
Avanzaron á su presa.
Mas Torrigiano yacía
Inmóvil, y sentado en tierra,
Las manos en las rodillas,
Y en las manos la cabeza,

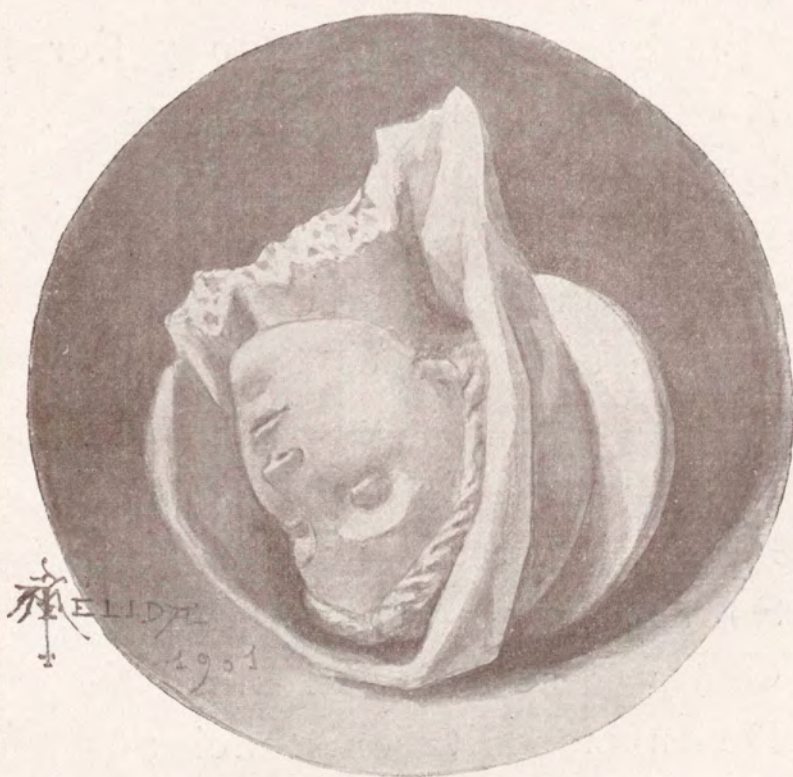


Y en las manos la cabeza

(*El Escultor y el Duque*, pág. 48.)

Que asidas convulsamente,
Y enclavijadas con fuerza,
Guardaban algún objeto
Que se adivinaba apenas.
—¡Arriba!— á gritar tornaron;
Pero, mirando su inercia,
Empujáronle con ira
Y dió de rostro en la tierra;
Rodó por el pavimento
Aquel busto de madera,
Que el rostro de una Madonna
En su Tisbe representa,
Y á sus pies quedó tendido
El escultor, que les deja
Su gloria con su cadáver
De su ejecución en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero,
No puede con la vergüenza
De acabar con ignominia
En una patria extranjera.
¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano
En ese dintel le esperas
Pasando noches y días
Del Santo Oficio á la puerta!
Resuelta estás á morir
Sobre esas heladas piedras,
Ó á ver otra vez al alma
De tu marchita existencia;
Mas como ese tribunal
Jamás su víctima suelta,
Colige de ambos á dos
Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues sólo el Torrigiano
En su desventura fiera
Aguardó para morir,
Á poder delante de ella;
Y Tisbe amor tan inmenso
Para el Torrigiano encierra,
Que ser no sabe sin él,
Ni alentar donde él no alienta,
Aquellas dos nobles almas
La una de la otra existencia
Al cielo á la par volaron,
Y si hay Dios, ¡dichosas ellas!

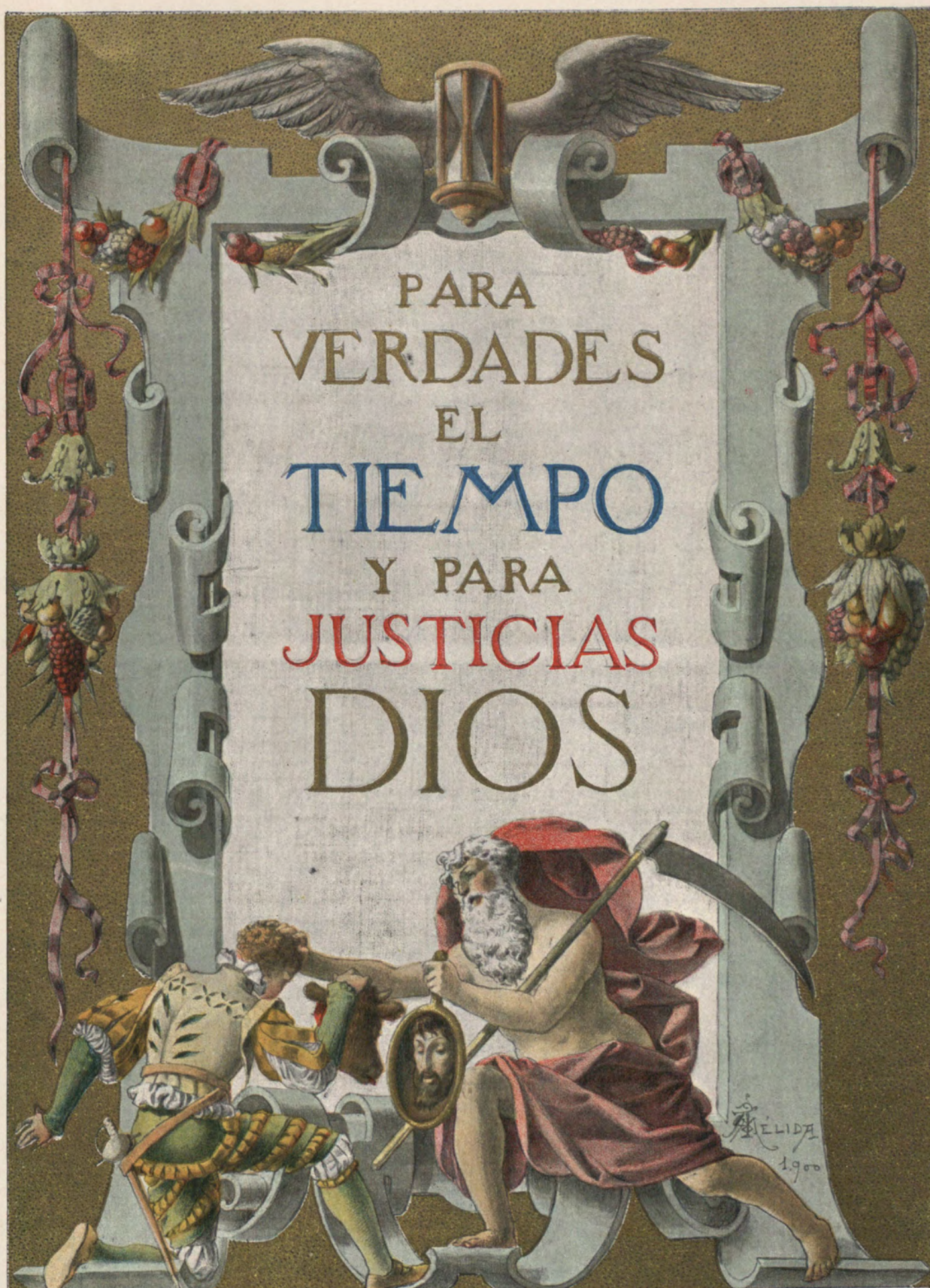


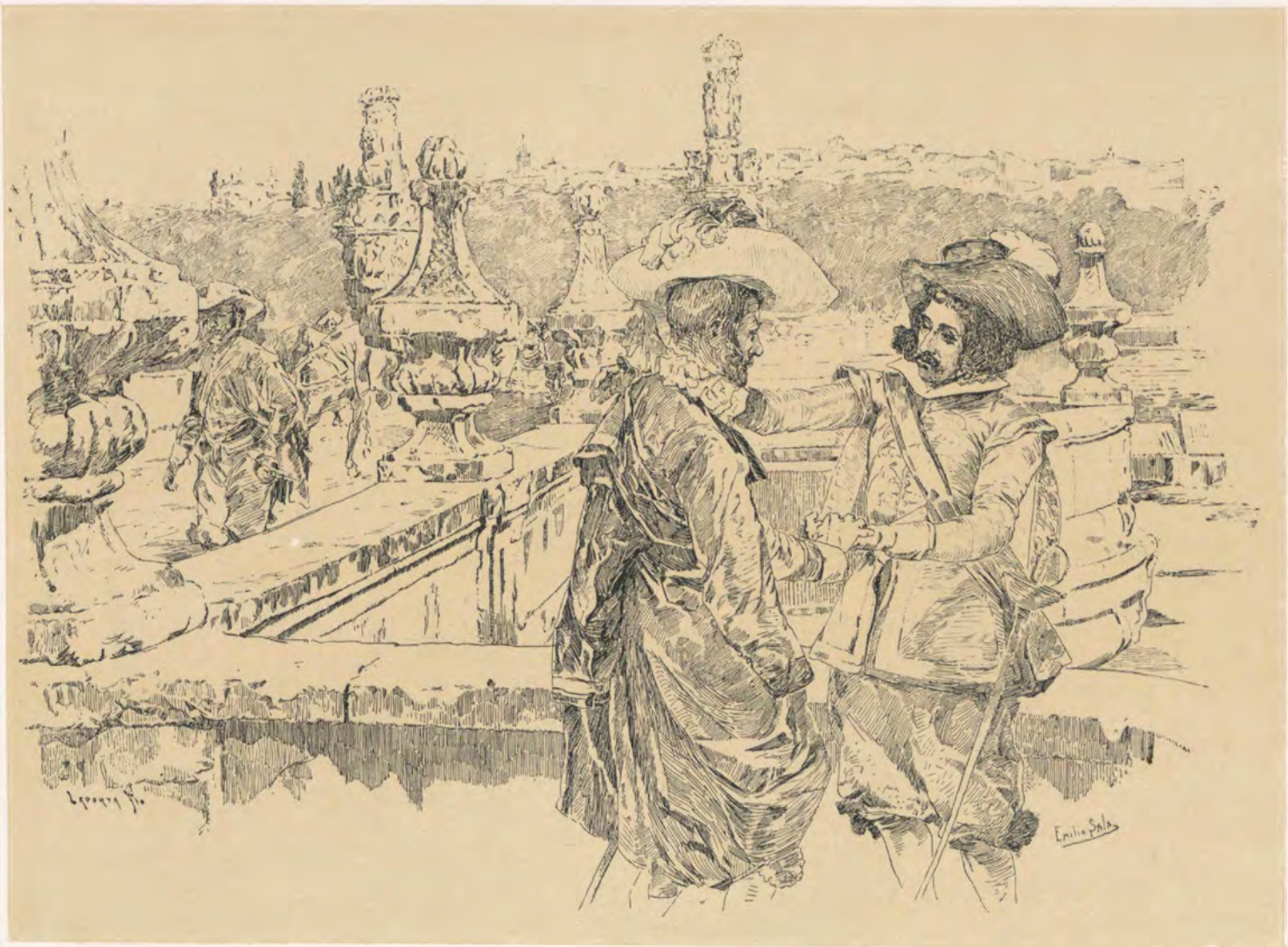
PARA VERDADES EL TIEMPO, Y PARA JUSTICIAS, DIOS

TRADICIÓN

ILUSTRACIONES
DE D. EMILIO SALA

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS
DE D. ARTURO MÉLIDA





I



JUAN Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blasón,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
Y maneros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demás,
Que no alzó noble jamás
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,
Ojo inquieto, torvas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Más villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
En la ocasión, rara vez
Carece su intrepidez
De són de temeridad.

Ágil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho más que á su valor.

Presentóse há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mujeres
Más falso que caballero.

Hoy pasa pobre y obscuro
Una existencia común,
Y medra ó mengua según
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
Que vive de mal vivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuáles ó de qué modos.

Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinión
Menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasía,
Mozo de más cortesía
Y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto en gesto en tal manera
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón
Tales maneras le dan,
Tiénela más de galán
Por su noble condición.

Que no hay en Madrid mujer
Que un agravio recibiera,
Que á su espada no tuviera
Satisfacción que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes, por concluir,
Fáltame sólo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza obscura,
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Ámala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para mujer de su honor
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.

Que es tan dulce su mirar,
Que su luz por no perder,
Cuando se quiso atrever
Sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oirle
Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De más tiempo acostumbrado,



Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
(*Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 57.*)

Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuera su marido.

«—Eso sí, ¡por San Millán!»
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademán.





II

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Más á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazón
Á cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban

Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
Porque cerca no pasara,
Que, según iba resuelto,
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
«—Nos casaremos mañana».
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una terciá
Echóla un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
Á Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
—Cuando acabes, dos palabras.
Recogió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro,
Diciendo bajo:—¿Qué pasa?
—Me caso—dijo Medina.
Miróle Juan á la cara,



Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
«—Nos casaremos mañana».

(Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 69.)

Y frunciendo entrambas cejas
Tosió sin responder nada.
—¿Qué piensas?—preguntó Pedro.
—En ti y tu mujer pensaba—
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada.
—¿Supondrás que es Catalina?
—Y lo siento con el alma.
—¡Cómo!—Porque tengo celos.
—¡Por San Millán!—Yo la amaba.
—¿Y ella?—Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme...—¡Acaba!
—Para decirla mi amor
Escribirla hoy una carta.—

Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba,
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin, como quien resuelve
Negocio que aflige y cansa,
Pidió papel y tintero,
Diciendo á Juan:—Por mi alma,
Que en mi vida en tal apuro
Vacilar tanto pensaba;
Y á no serte tú quien eres,
Metiéralo á cuchilladas;
Pero escribe, y que responda
Á cuál de nosotros mata.—
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
—Echemos—dijo—los dados,

Y al que la mayor le caiga;
Si es á mí, la escribo al punto;
Si es á ti, Pedro, te casas.—
Tiró Juan y sacó nueve;
Y asiendo el vaso con rabia,
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba,
Parten la calle en silencio
Dándose entrambos la espalda.

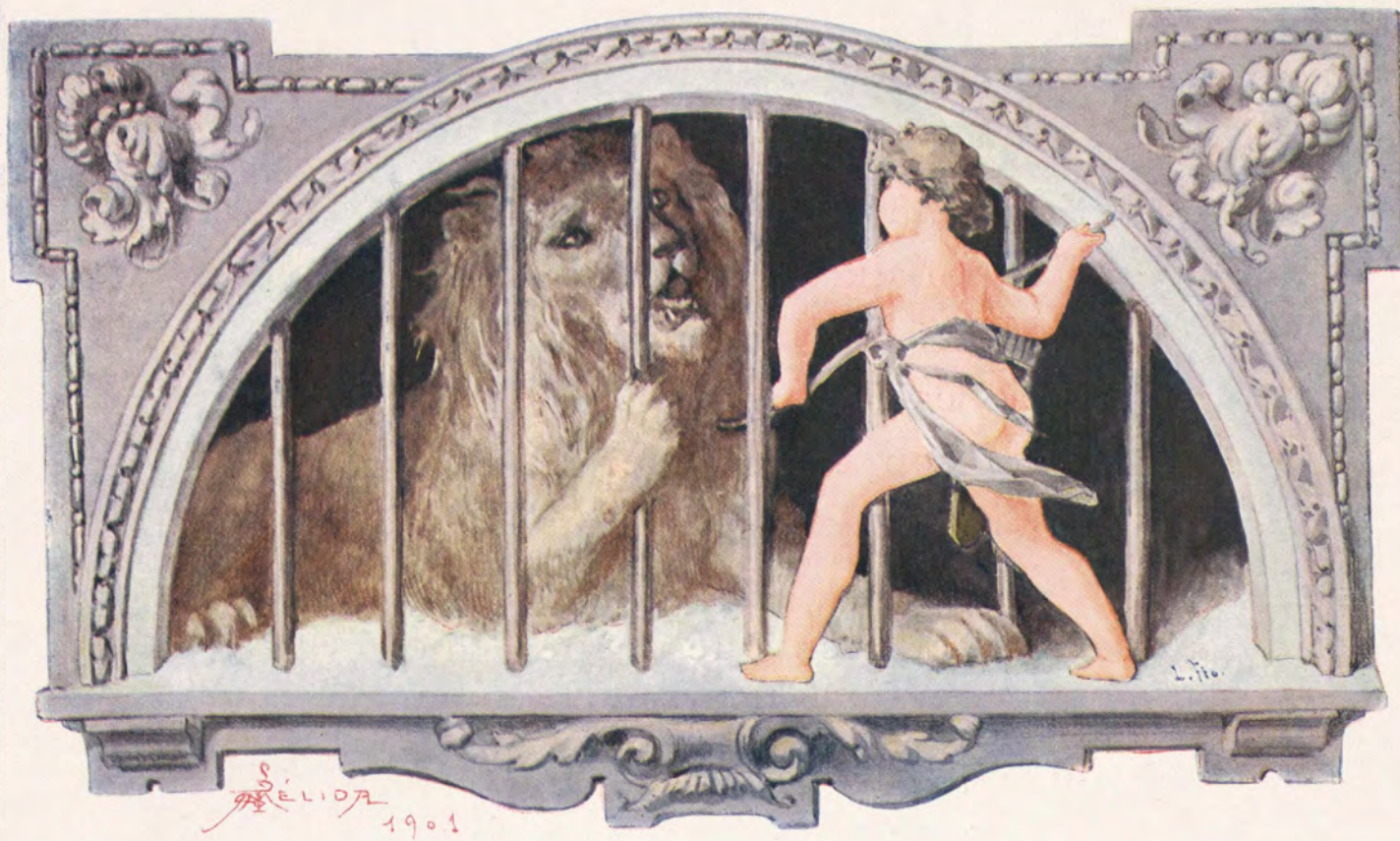




Y asiendo el vaso con rabia,
Tiró Pedro y sacó doce,
(*Para verdades el tiempo, y para iusticias, Dios, pág. 62.*)



Parten la calle en silencio
Dándose entrambos la espalda.
(*Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 62.*)



III

Son, á mi pensar, los celos,
Delirio, pasión, ó mal,
Á cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.

Á manos de tal pasión
El más cuerdo desespera,
Pues quien con celos espera
Atropella su razón.

Si con celos esperar
Es importuna porfía,
Ceder celoso en un día
Cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir
Y en silencio padecer,
Son celos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.

Y así con celos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con celos ceder
Es igual que delirar.

Y si otro favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor
Sobra tal vez confianza,
Y celos sin esperanza
Suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos
Aún es suerte más cruel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.

Y así pienso que son celos
Delirio, pasión, ó mal,
Á cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,
Celoso y desesperado,
El bien que Pedro ha ganado
Más galán ó más feliz.

Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin mirar que no está en ellos
Su amante fatalidad.



Por eso llora Juan Ruiz,
Celoso y desesperado,
El bien que Pedro ha ganado
Más galán ó más feliz.

(Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 64.)

¡Oh, que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da celos
Entróle ayer por los ojos.

«—¿Y por qué no me atreví?—
Clama el triste en su aflicción,—
¡Y hoy acaso esta pasión
Pudiera arrancar de mí!

Mas volveré, ¡vive Dios!
¿Pero qué he de conseguir
Si la he dejado elegir
Marido de entre los dos?—»

Y á su despecho tornando,
Semejábase en su afán
Una fiera á quien están
Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz
Cruzaba el cuarto sin tino,
Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pie violento
El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás
Sin reflexión que le acuda,
Á la par pidiendo ayuda
Á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió;
En esto dobló un reloj
En una torre las diez.

Entonces, quedando fijo,
Exclamó en la obscuridad:
«—Hoy se casan, es verdad;
Hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero
Con desdén á la cintura,
Y salióse á la aventura
La vuelta del Matadero.



ELIDA 1901



IV

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejón
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.
Un balcón abierto á medias,
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso són.
Se oye el compás fugitivo
Que llevan con pie veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitación,

Y se ven cruzar sus sombras,
Una á una y dos á dos,
En fantástica carrera
Y monótona ilusión.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Después de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubón
Con vueltas de terciopelo,
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturón,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro la regaló,
Lleva en una cruz de oro
La imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusión.

Á cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entonces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su són,
Las muchachas de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasión,
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos
Más bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraón.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida
Á merced de su pasión.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazón.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,
Húmedos los negros ojos
Con tiernísima afición.

Él diciéndola: «—¡Alma mía!»
Diciéndole ella: «—¡Mi sol!»
Entre el són de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusión.
Y al angustiado lamento
De uno que grita: «—¡Favor!
¡Ayudadme, que me matan!»
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
Amedrentada al balcón,
Llamando á Pedro afanosa
De algún daño por temor.
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó;
Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partía el corazón,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina,
Volviendo el gesto á un rincón,
Hacia una imagen de Cristo
De quien devoto vivió,



Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.

(Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 70)

Dijo expirando: «—Soy muerto.
¡Acorredme, Santo Dios!»
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
Y diciendo en ronco són
«—¡Maldita sea mi alma!»
Mató la luz y escapó.





V

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mujeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.

Nada sirvieron entonces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces;
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez más se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pependencias más de veinte;
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba,
Desconsolada y doliente,
Minutos, horas y días,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.



Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
(*Para veridades el tiempo, y para justicias Dios, pág. 75.*)

Dió con la puerta en los ojos
Á padrinos y parientes
Diciendo: «—Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.»
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algún viviente,
Á través de la reserva
Y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,
Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente,
Y el talismán de la risa
Á sus labios transparentes;
Y salió ufana diciendo
Á cuantos por verla vienen
Que la vida con que vive
Sólo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretexto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.

Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
Á decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienes,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones,
Cada vez menos frecuentes,
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.





Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienes,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.

(Para verdades el tiempo, y para justicias, Dios, pág. 76.)



VI

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afán y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un día y otro día,
Quedó siempre sin respuesta;
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.

Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera:
—Puesto que es muerto Medina,
(¡Dios en su gloria le tenga!)
Y por siete años cumplidos
Mi fe le he guardado entera,
Y él ha visto nuestro amor
Allá de la vida eterna,
Os daré, Juan Ruiz, mi mano
Y mi corazón con ella.
Amigo de Pedro fuisteis,
Y yo os debo la existencia,
Conque es justo, á mi entender,
Os cobréis entrambas deudas.—
Púsose Juan Ruiz de hinojos
Á los pies de la doncella,
Y asiéndola las dos manos
Humildemente las besa.
Acordáronse las bodas,
Mas Catalina aconseja
Que sean cuando él quisiese,
Pero que sin ruido sean.
Las malas mañas ó antojos
Ó tarde ó nunca se dejan,
Y Juan en su mocedad
Gustó de bulla y de fiesta.



Deshiciéronle el embozo,
Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.

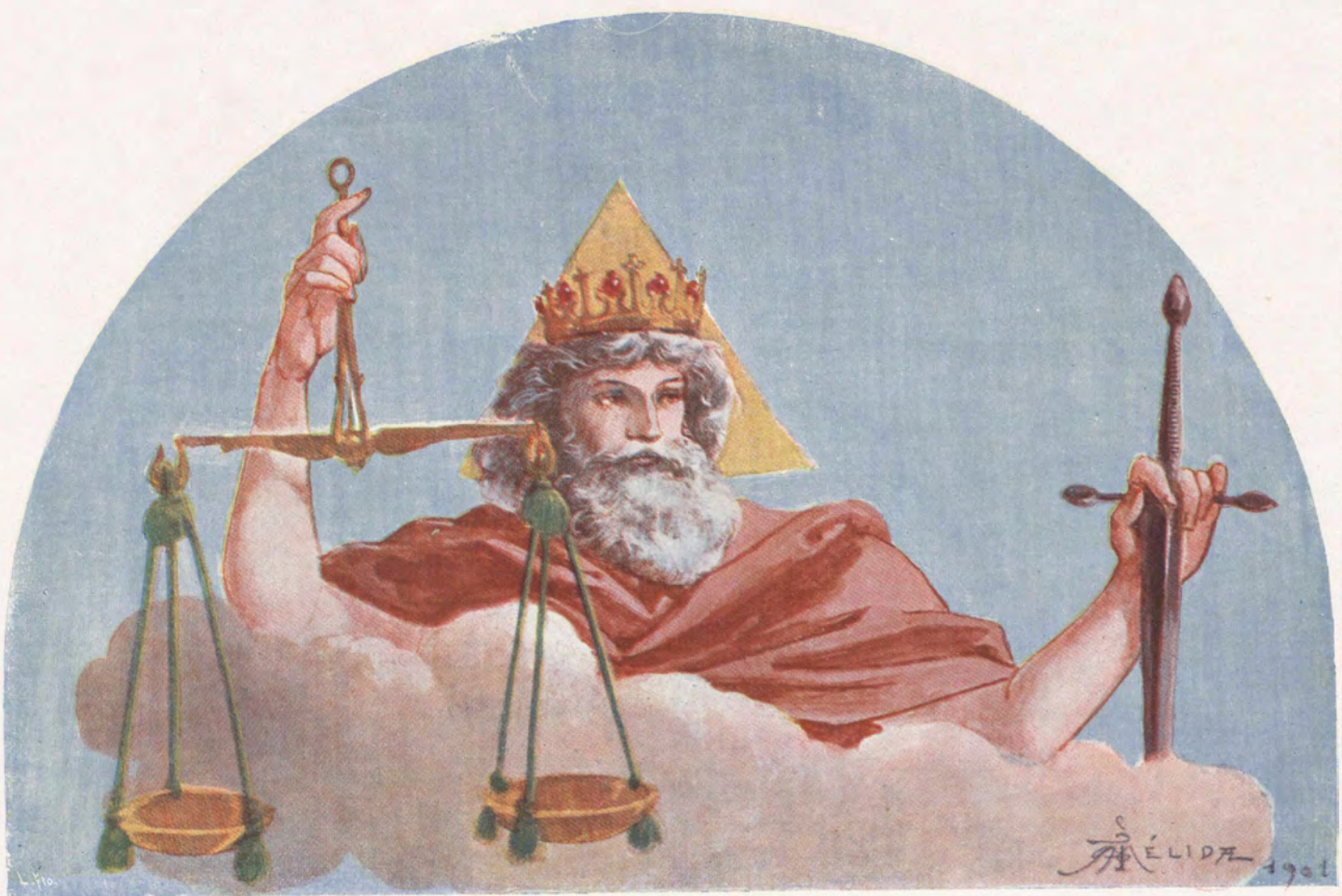
*(Para verdades el tiempo y para
justicias Dios, pag. 79.)*

Así, aunque pocos convida
Para que á las bodas vengan,
Buscó unos cuantos amigos
Que le alegraran la mesa.
Trajo vinos los mejores,
Y viandas las más frescas,
Y apuntó por hora fija
De noche las diez y media.
Gustaba Juan sobre todo
De cabezas de ternera,
Y asábalas con tal maña
Que á cualquier gusto pluguieran.
Gozaba en esto gran nombre
Entre la gente plebeya,
De tal modo que le daban
El apodo de *Cabezas*.
Ocurrióle á media tarde
Darse á luz con tal destreza,
Y embozándose en la capa
Salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
En el Rastro una becerra,
Compró el testuz y cubrióle
Asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
Y, contento con la presa,
De la calle en que vivía
Tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
Dejando en pos roja huella,
Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras.

En esto, entrando en su barrio,
Al doblar una calleja
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca.
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiéndolo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Obscura, sucia y estrecha.
En un rincón embutida,
Á la luz de una linterna,
De Cristo crucificado
Se ve la imagen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.
«—¡Fuera el embozo!—gritaron:
Muestre á la luz lo que lleva.»
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas,
Á una memoria terrible,
Cuanta sangre hervía en ellas.
«—¡Fuera el embozo!» repiten,
Y él acongojado tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado
Un «—¡Dejadme!» balbucea.

Deshiciéronle el embozo,
Y, mostrando Ruiz la diestra,
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
«—¡Acorredme, santo Dios!»
Grita aterrado, y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
«—¡Yo le maté—clamó entonces,
Hoy há siete años, por ella!»
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.





CONCLUSIÓN

Y así fué que aquella noche
De sangrienta confusión,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor.
Como un imán á una aguja
Arrastra constante en pos,

Como una serpiente á un pájaro,
Á una paloma un halcón,
Entorpecen y fascinan,
Sin que ala ni pie veloz
Para huirle les acudan,
Á impulsos de su pasión
Anduvo así Juan vagando
De la fiesta en derredor.
Y oía por las ventanas
De danza el confuso són,
Y vía cruzar las sombras
Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y monótona ilusión.
Así lloraba acosado
De sus celos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor:
Cerróse en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razón,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
Y Catalina al balcón,
De la suerte recelando,
Acelerada salió.
Mas al ver cuál afanosa
Curaba ella de otro amor,
Cegaron á Ruiz los celos,
El despecho le embriagó;
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol,

Matóle á la faz de Cristo,
Como villano, á traición.
De entonces, en los siete años,
Después del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasión
De mostrar que hay infalibles
Tribunales sólo dos
De irrevocable sentencia
Sin cotos ni apelación.
Para verdades el TIEMPO,
Y para justicias DIOS.



LAS DOS ROSAS

ILUSTRACIONES
DE D. CECILIO PLA

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS
DE D. ARTURO MÉLIDA





ELIDA 1901



N un escondido valle
Hay todavía una torre
Vecina al Carrión, que corre
De chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué

Poderoso, mas ya apenas
Á través de dos almenas
Su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura
Vense un torreón y un muro,
Pero en montón tan obscuro
Que medrosa es su figura.

Brota á sus pies sin respeto
Espeso zarzal salvaje,
Cuyo espinoso ramaje
Vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda
Que á su rastrillo conduzca,
Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor,
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,





Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua de Carrión baña.
(*Las dos Rosas*, pág. 91.)

Hay paredes que á pedazos
Están mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrión baña.

Allí una generación
Duerme tal vez escondida...
¡Así de la amarga vida
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas,
Al són de tosco estribillo,
Él encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge,
Hombros y labios encoge,
La mira y dice: «No sé».

Los días que van pasando
La colina gastarán,
Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia
Del edificio primero
Ni el pastor ni el pasajero
Tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
Acaso la oirá contar.

Contarála un peregrino
Á quien tal vez por su cuento
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré
Como un viaje nuestra vida,
Por historia entretenida
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.

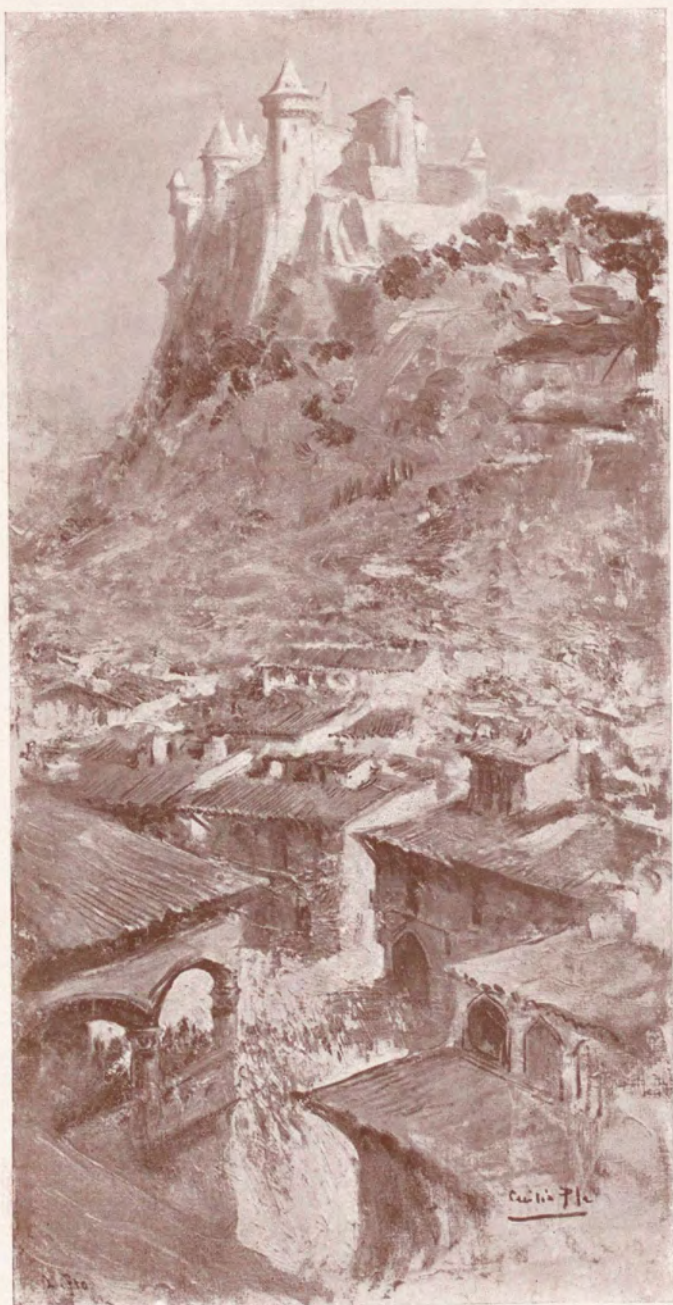
Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.





El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrión reverberan
Entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;
Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó Mayo
De sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen

Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miren,
Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben
Con blando murmullo lamen



Los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano
Cuanto Diciembre permite
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille.

Alegre, cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes;
Diáfano, cuanto la niebla
Á un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
Tras una peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.
Dos esquilonos agudos
En disonante repique
El toque de mediodía
Al aire en calma despiden,
Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven,
Los sombreros en la mano,
Inclinadas las cervices.
Las mujeres, apartadas
Sus labores mujeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santigüen.
Los muchachos impacientes
Á hurtadillas se sonríen,
Por más que les amonestan
Los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa
Que más alto nombre pide,
Por los roídos escudos
Con que sus paredes viste,
Por los vidrios que al sol dejan
Que su interior ilumine,
Y los calados de un arco
Que mal al tiempo resiste,

Hay dos personas que, vueltas
De espaldas al sol, impiden
Que se alcance desde abajo
Si recen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos
Y por labios alelíes)
La más hermosa villana
Que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
Entre zarzales y mimbres,
Pero á quien ceden vencidas
Las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
Á porfía los abriles,
Con cuantas juntaron gracias
Uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
Cutis que afrenta á los cisnes,
Dentadura igual y enana,
Cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
Largas pestañas sutiles
Coronadas por dos cejas,
Arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
Pie breve, resuelto y libre,
Y dos manos que semejan
Ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa,
Por más que el pueblo critique
El orgullo con que ostenta
Sus encantos juveniles.

Las mozas que se recata
De sus amistades dicen;
Que es la inconstancia excesiva
Con que desprecia á quien rinde.
Las viudas, que es demasiada
La libertad con que vive,
Y muchos los forasteros
Cuyas visitas admite;
Y las viejas de su madre
Murmuran que las recibe
Con audacia escandalosa
Y confianza reprensible.
Mas Rosa y Brígida en ellas
Con tan poca cuita siguen,
Que si estos murmullos oyen
Se deleitan en oírles:
Por eso tan cortesano
Baja don Bustos Ramírez
Diariamente á su casa
Del castillo en que reside.
Barón altanero y mozo
Afortunado en las lides,
Cuyas riquezas exceden
Á lo ilustre de sus timbres.
Dejó há poco de la corte
La perezosa molicie,
Las damas voluptüosas
Y los ruidosos festines
Por la calma de sus tierras,
Donde su presencia exigen
Los negros ojos de Rosa
Que diz que en los suyos vive.

Es cierto que se susurra
Que un mancebo que la escribe,
Palabra de casamiento
Tiene de ella, y que es difícil
Que la renuncie si vuelve,
Lo que es tal vez muy posible.
Mas don Bustos es mancebo
De nobilísima estirpe;
Barón que manda vasallos,
Á quien escuderos sirven,
Á quien pajes acompañan,
Y á quien mucho el Rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
Rey en aquellos confines,
Y á quien plebeyos é hidalgos
Pecho y homenaje rinden.
Y no es otro el que con Rosa
Sobre el balconcillo sigue
Dando á la plaza la espalda
Mientras que dura el repique.
Al fin santiguado el monje
Que el templo del lugar sirve,
Cada cual tornó á su espera,
Y á sus requiebros Ramírez.
Apoyado sobre el codo
Deja que el cuerpo se incline,
Guardando tras una mano
Una mejilla invisible;
Y á favor de esta postura
Al pueblo curioso impide
Que le aceche las palabras
Que á la muchacha dirige.

En la expresión inefable
Con que Rosa le sonríe,
Bien se ve que en vez de enojos
Satisfacciones recibe.
Ni menos de sus palabras
El castellano se aflige,
Pues cuanto ella más tolera,
Más él confiado insiste.
Él platica: ella le escucha
Sin que altanera le esquive,
Y él más se la acerca osado
Cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
Que el amor llama felices,
Que con el alma se sienten
Y con el alma se miden,
En que los ojos de Rosa
Tomaron indefinible
Una expresión que imitaba
El gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos,
Sobre los puros matices
De ambas mejillas, dos lágrimas
Ardientes, irresistibles.
Y apenas aparecieron,
Cuando rápido Ramírez,
Secando una con sus labios,
Así imprudente la dice:
—Mañana serás mi esposa.
—¡Señor!
—Mañana.
—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
Mi castillo con tus ojos,
Con tu hermosura mi estirpe.—

Bajó, esto dicho, á la plaza
El impetuoso Ramírez,
Y al monje y al pueblo atento
Estas palabras dirige:
«Esta noche pueblo y valle
Con hogueras se ilumine:
Que redoblen los panderos
Y las campanas repiquen;
Que se remedien los pobres,
Que se consuelen los tristes,
Y todos á mis festejos
Desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
Mis anchas cubas despiten,
Mis tesoros se repartan
Y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
Quedáis de tributos libres,
Y de este modo mis bodas
Se dispongan y publiquen.»

Rompió en aplausos la gente,
Que su largueza bendice,
Y los vivas se redoblan
Y las gracias se repiten.
«Dádselas á la hermosura»,
Dijo don Bustos Ramírez,
Señalando á las ventanas
De donde ella le despide;

Y aplicando las espuelas
Al negro potro que rige,
Hace que en rápido escape
Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
Agradecida y humilde,
Y Rosa aún en sus ventanas
Muy mal su orgullo reprime.





Algunas horas después,
Ya bien entrada la tarde,
La tierra entregada en brazos
De las nieblas impalpables,
De una lámpara de cobre
Á los rayos desiguales,
Lee Rosa unos pergaminos
Que acaba de darla un paje.
Pasaban sus negros ojos,
De orgullo y placer radiantes,
De un renglón á otro renglón
Sin apenas descifrarles.
Los labios le sonreían,
Y trémulos dilatándose,

Por lo bajo murmuraban
Sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
Madera tiene delante,
Y de un cordoncito de oro
Pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
Y agradeciendo el mensaje,
Despidió al buen mensajero
Y á voces llamó á su madre.
Subió la vieja asustada,
Recelosa de algún lance
Que en parientes ó en amigos
La fatal carta anunciase.
Mas apenas en el cuarto
Puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
Díjola palabras tales:
—Entrad. Nuestra es la fortuna;
De contento no me cabe
En el pecho el corazón,
Ni atino cómo explicarme.—
Brígida exclamó angustiada:
—Por Dios, muchacha, que acabes,
Que tengo el alma en un hilo.
—Esta llavecita la abre.
—¿Pero qué se abre?
—Esa caja.
—¡Válgame el cielo! ¡Diamantes!
—Sí por cierto.
—¿Y quién...?
—Es mía.



—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas

Que el de Ramírez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha! Vas á matarme

Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de don Bustos,

¿Con quién queréis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto

Barón piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante
Para que pueda mi frente
Con su corona igualarse?
¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—¡Oh! y no porque yo me alabe,
Pero si encuentra otra Rosa,
No digo yo en todo el valle,
Sino en la corte, en España,
Si la encuentra... que se case.—

Y así diciendo, á un espejo
De reajo contemplándose,
Desplegaba una sonrisa
Que diera envidia á los ángeles.
Víala la pobre vieja
Sin que apenas le bastasen
Para darla entero crédito
Ni su acción ni su lenguaje.
Rosa en tanto, alta la frente,
Los ojos de una á otra parte
Inquietos y desdeñosos,
Altivos los ademanes,
Despreciando hosca y soberbia
Cuanto en torno suyo trae,
La majestad ensayaba
Que es forzoso que acompañe
Á quien ha de ver un día
Sus vasallos humillarse,
Y hacer á la plebe grupos
Para verla cuando pase.

Después de largo silencio,
Que duró por ambas partes

Cuanto bastó á su esperanza
Para alzar torres al aire
Y amasar en sus adentros
Tan rápidas novedades,
Á Rosa para engreirse,
Á la otra para asombrarse,
Asiéronse de la caja,
Y dando vuelta á la llave
Atónitas empezaron
Á gustar las realidades:



Allí ricos brazaletes
Y diademas y collares;
Allí amatistas y perlas,
Cornalinas y corales;
Probáronse los anillos,
Las pulseras de brillantes:
No quedó nada por verse
Ni nada por admirarse;
Todo pareció á propósito
Hecho para aquel instante;

Todo era espléndido y rico,

Nada pequeño ni grande.

—Esta guirnalda, decían,

Para el día en que te cases.

—Sí; el collar por la mañana,

La diadema por la tarde.

—¡Linda estarás!

—Ya veréis

La vez primera que baje

Á visitar á mi pueblo.

—¡Hechicera!

—¡Oh, admirable!

—¿Y qué dirán esas moñas

De hidalguillas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por más que rabien.

Se arañarán por un dije

Si yo se les regalase.

—Mal hicieras.

—¡Ah, ni un hilo

Para esas villanas, madre!—

Aquí llegaban gozosas

Cuando oyeron en la calle

Un caballo que en la plaza

Entraba á resuelto escape:

Paróse á su misma puerta,

Sintióse después el grave

Rechinar de los portones

Y volver luego á cerrarse.

—¡Él es!

—¿Quién?

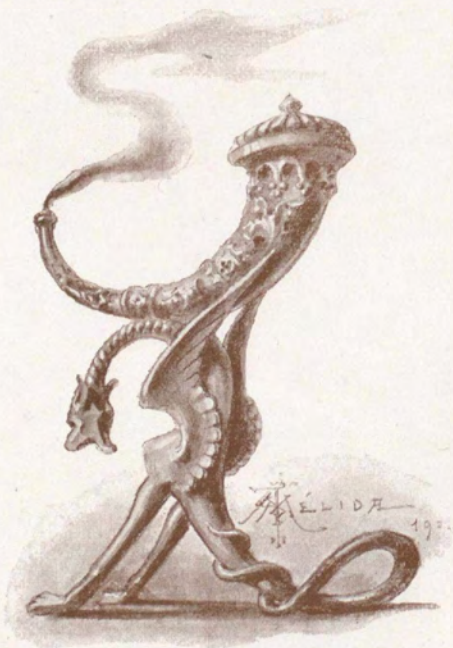
—Don Bustos.

—¡Vaya!

—Pronto. Salid á alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,
Que le piensen y descansen.—
Y asiendo la lamparilla,
Temiendo que el tiempo falte,
Fuése hacia la puerta Rosa
Que hasta la escalera sale;
Pero antes que al picaporte
La linda mano llegase



Abriéronla por de fuera,
Y, con pena de hija y madre,
Entró cubierto de lodo,
Sangrientos los acicates
Y armado hasta los bigotes
Su pariente Pedro Ibáñez.
Quedó estúpida la vieja;
Tornóle Rosa el semblante,
Y él tendiéndolas los brazos
Dijo:—Yo soy, abrazadme.—
Dejó la luz la muchacha,
Y del mozo retirándose,
Replicóle:—Bien venido,
Pero has llegado muy tarde.—





Asentados en silencio
En derredor de la mesa
Están Ibáñez y Rosa,
Él triste, y mohina ella:
Rosa, los ojos clavados
En el techo, airada muestra
El disgusto con que á Ibáñez
En aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
La vaga mirada inquieta
Las miradas de la ingrata
Porque se encuentren acecha.
En vano tras de la lámpara
Se ampara en la sombra negra,

Y, la ocasión esperando,
Los ojos le reverberan;
En vano sobre el asiento
Se revuelve y se impacienta,
Haciendo á cada postura
Que rechine la madera;
En vano, desenlazando
Del almete las correas,
Sacudió como al descuido
De la gola entrambas piezas;
En vano al asir la espada
Tropezó con las espuelas,
Y retumbó el aposento
En rápido són de guerra.
Rosa ni por reprenderle
Ni por saludarle atenta
Sobre el mancebo los ojos
Bajó un instante siquiera.
De la habitación en torno
De uno á otro objeto los lleva,
Cual si fuese inventariando
Todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
Listón á listón la estera,
Contó al parecer los vidrios
De la alcoba y de las puertas,
Los pliegues de su cintura,
Las rayas que hay en la mesa
Y las líneas que sus manos
Por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
Que revuelve la veleta,

El rumor de los que pasan,
La bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibáñez
Parece que la interesa,
Hasta el són con que la lámpara
Húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
Y arrobado la contempla,
Y dos lágrimas de fuego
Por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
Y desesperado de ella,
Díjola con voz tan blanda
Que contestaran las piedras:
—¿Qué es aquesto, vida mía?
Rosa, ¿qué mudanza es ésta?
Tú al partirme me llorabas
¿Y te enojas con mi vuelta?—

Rosa callando seguía,
Y él siguió de esta manera:
—Héme aquí que vuelvo honrado,
Más tal vez que lo merezca,
Amigo de los valientes,
Querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
Y he conseguido licencias
Para casarme contigo
Y alejarme de la guerra.—

Rosa callando seguía
Como á quien oír le pesa,
Dando entre las blancas manos
Á los ceñidores vueltas.

Ibáñez, apenas dueño
De su rebelde paciencia,
Entre ofendido y colérico
Aguardaba una respuesta,
Hasta que viendo que Rosa
Toda agotársela intenta,
Con sordo acento la dijo,
Celosos ojos tendiéndola:
—Si las nuevas que hube tuyas
Cuerdo estimase por ciertas,
Vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas.
Si pensara yo que imbécil
El oro te enloqueciera,
Trajera cuanto mi lanza
Para los cobardes deja;
Y si que ansiabas supiese
Honras de vana nobleza,
Prendiera yo al Condestable,
Y conde ó marqués volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
Aunque altiva no opulenta,
Y pensé que por valiente
Siempre hidalgo me quisieras.—

Rosa á este punto, dejando
El sillón en que se asienta,
Díjole:—Ibáñez, dejemos
Semejantes controversias:
Si te quise y no te quiero...
—¡Por Dios vivo!...

—Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;

Y por súplica postrera
Espero que de este pueblo
Partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
Liviana... cuanto tú quieras.
Pero lo tengo pensado,
Y estoy, Ibáñez, resuelta.
—Pero...

—Tu empeño es inútil.
Mi voluntad es aquesta.
—Y tus votos...

—Fueron falsos.
—Y tus caricias...

—Quimeras.

—¡Y tantos años perdidos
En ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes,
¡Tantos peligros por ella!
¡Virgen santa! yo deliro.
¿Qué infernal visión es ésta?
Porque, á juzgarla posible,
Tanto tiempo no viviera.—

Y así Ibáñez exclamando
Se asía de las melenas,
Desencajando los ojos
Como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
Caminando hacia la puerta,
Miraba el dolor de Ibáñez
Con expresiva impaciencia.

En esto, en el aposento
La faz amante risueña,

El ferreruelo forrado
De blanca y crujiente seda,
Dorado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,
Entró don Bustos Ramírez
En apostura altanera:
—Linda Rosa...,—dijo. Y viendo
Á Ibáñez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa, apresurada, dijo:
—Es un pariente que llega
De la ciudad.—Y don Bustos
Prosiguió así:—Norabuena.
Seáis, hidalgo, bien venido:
Asistiréis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia.—
Tendió al soldado la mano,
Y él, sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al Barón presenta.
La asió don Bustos, y dijo:
—Á no saberlo, creyera
Que fuera, en vez de amistad,
De reto esta mano prenda.—
Miróle Ibáñez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso:
—Tomadla como os convenga.—
Y, tornando las espaldas,
Tomó á obscuras la escalera.



La asió don Bustos, y dijo :
— A no saberlo, creyera
Que fuera, en vez de amistad,
De reto esta mano prenda. —
(*Las dos Rosas*, pág. 116.)

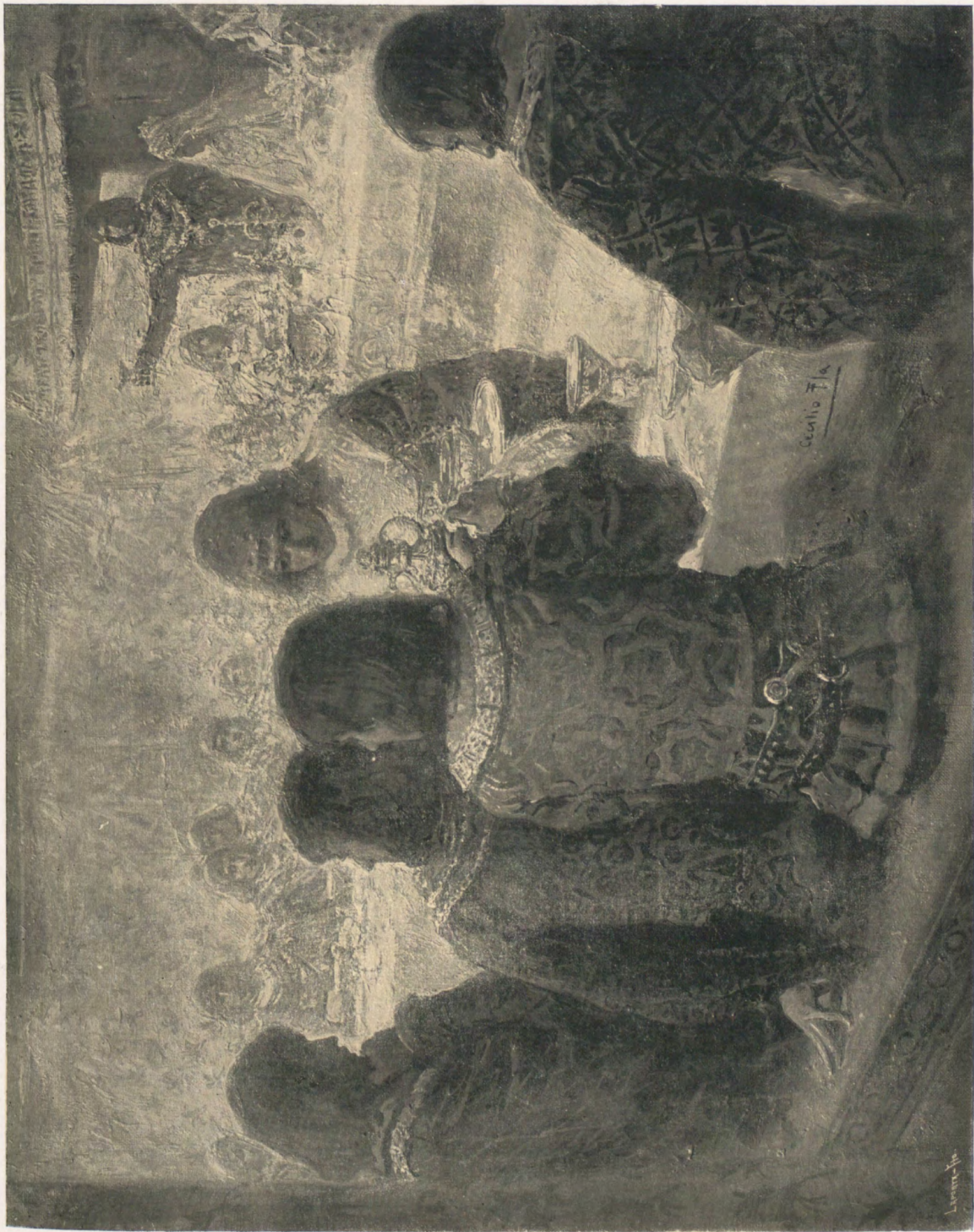


De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de don Bustos
En un inmenso salón.
Alúmbranle mil bujías
Suspensas en derredor,
Entre guirnaldas de flores
Que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
Exquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un Califa regio dón.

En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido són
Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el Barón
Á todo el pueblo de Rosa
Bodega y festín abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,
Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El succulento vapor
La libertad y la audacia
Á los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz,
Un brindis sobre otro brindis;
Crecía la confusión,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde clamor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversación.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Escaños de terciopelo .
Casi á los pies del Barón.

Y éste, más alto, con Rosa
Usaba otro aparador
Bajo un dosel de brocado
Do se ostenta su blasón.
Pajes les sirven; doncellas
Les escancian el licor,
Y el contento les atiza
La insolencia del bufón.
Al testero de la mesa,
Y en preferente sillón,
Está el capellán sentado,
Y síguele luego en pos
El ilustre Ayuntamiento
En gregüescos y en jubón.
Enfrente, entre otros hidalgos,
En ademán pensador,
Se ve al serio Pedro Ibáñez,
Que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
Los cabellos sin olor,
La espada y la daga al cinto,
Y el duelo en el corazón.
El resto ocupan sin orden
Los que de Busto á la voz
El mejor sitio encontraron
Al entrar en el salón.
Los que en aquél no cupieron,
Acomodarlos mandó
En otra mesa tendida
En un largo corredor,
Y allí gritan y disputan,
Harta apenas su ambición

Con los sabrosos manjares,
Que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
Todo murmullo el salón,
Todo embriaguez y locura
Los vasallos y el señor.
Y á pesar de los secretos
Con que á la conversación
Dan impulso las mujeres
Murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
Como jamás se mostró,
Caprichosa su hermosura
Vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
El fortunado Barón,
Olvidando ante su amada
Cuanto hasta entonces gozó.
Y ella radiante de orgullo
Alimenta en su ilusión
Los hechizos que le embriagan
Con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
Astuta se engalanó,
Que acrecientan el deseo
Del turbado corazón.
Guirnalda de blancas perlas
Á sus cabellos ciñó;
Escotado hasta los pechos
Bordado de oro el jubón;
El cuello de marfil orla
Collar de bajo color,



—¡Eh! don Pedro, mi pariente,
Capitán, ¿qué os hacéis vos?
(*Las dos Rosas*, pág. 121.)

Del que pende de brillantes
La señal de redención;
Y están sus brazos desnudos,
Cuyo brillo tentador
Ostenta en sus movimientos
Exquisita perfección.
Don Bustos, á quien anima
La eficacia del licor,
Decía en són de mandato,
Fuerza añadiendo á la voz:
—Agotadme las bodegas;
Que si dejáis, ¡vive Dios!
Una gota, habéis de hacerme
De todo restitución.
Á eso os llamé á mi castillo
Y á mis fiestas, que si no,
Conforme me caso solo
Gozara solo.—

Al rumor
De estrepitosos aplausos
Estremecióse el salón,
Y por sobre el ronco ruido
Así don Bustos siguió:
—¡Eh! don Pedro, mi pariente,
Capitán, ¿qué os hacéis vos?
¿Estáis enfermo, ó acaso
Os dijo algún impostor
Que el mayordomo envidioso
Mis cubas envenenó?
Si tal pensáis, os ofrezco
Completa satisfacción.
Y á propósito...—

Así hablando

Su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
Los aplausos, y el Barón,
Encarado aún con Ibáñez,
En voz de mofa siguió:
—Puesto que vos no habéis hecho
Á mis venenos honor,
Os encargo que si muero
Me enterréis como á quien soy.—
Volvieron á los aplausos,
Y á tan tumultuoso són
Asomaron por la sala
Las gentes del corredor,
Que aumentaron el desorden
Preguntando en pelotón:
—¿Qué es aquesto?
—Entrad, amigos—
Don Bustos ronco clamó,—
Veréis un anacoreta...
Por la cruz del Redentor,
Capitán, brindad conmigo
Á mi venturosa unión...—
Ibáñez la inmensa copa
Levantándose tomó,
Mostrando el sombrío gesto
Más que contento furor;
Y, afectando complacerse,
—Brindemos, dijo, Barón.—
Mas don Bustos atajándole
El brindis le interrumpió:
—Á mi embriaguez de esta noche,



Mas don Busto atajándole
El brindis le interrumpió:
— ¡A mi embriaguez de esta noche,
Que me emborracho por dos. —
(*Las dos Rosas*, pág. 122.)

Que me emborracho por dos.—

Á estas palabras de Bustos

De emponzoñada alusión,

Ibáñez soltando el vaso

Cayó vertiendo el licor.

—¡Bravo! ¡Sin haber bebido

El sueño le acogotó!

Capitán, voto á mi sangre

Que sois un mal bebedor.—

Seguía Ibáñez tendido

De espaldas en el sillón,

Cogidos todos sus miembros

De congojoso temblor.

Mofáronle los villanos,

El gesto Bustos frunció,

Palidieron las mozas,

Y, en visible turbación,

Rosa sobre el blanco pecho

Pálida la faz dobló.

Don Bustos rompiendo un vaso

Alzó iracundo la voz:

—¿Os pesa, por vida mía,

Capitán, mi dicha á vos?—

Alzóse sobre su asiento,

Y el pueblo entero calló;

Porque los ojos de Bustos

Centellaban de furor,

Temblaba en su escaño Rosa,

Y así decía el Barón:

—Brindad, capitán, conmigo,

A mi boda, ó, vive Dios,

Que esta noche mis lebreles

Os desgarran el jubón.—
Á tan brusco llamamiento
Pedro Ibáñez requirió,
Poniéndose en pie, su espada,
Con semblante tan feroz,
Que oyóse entre las mujeres
Un ¡ay! sordo de pavor,
Y á sus espaldas la turba
Cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramírez, puestos
Ambos pies en su sillón,
La izquierda sobre la mesa
Que al recibirle crujió,
Mirábale de hito en hito;
Y el áspero ahogado són
Que le hervía dentro el pecho,
El borrascoso color
De sus ojos, la melena,
Que le cuelga en confusión
Uniéndose con la barba
Que le cerca en derredor
Todo el rostro, le semejan
Á un formidable león
Que acecha sobre una roca
La vida del cazador.
Pedro Ibáñez frente á frente,
Sin muestras de turbación
Fijó en sus ojos los ojos
Y á la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
En que nadie de los dos
Con movimiento ó palabra

La contienda provocó.
La turba tenía ahogado
El aliento de terror,
Y de ambos podía oírse
El latir del corazón.
Al fin don Bustos, en hondo
Gemido, torvo exclamó:
—Brindad, hidalgo, á mis bodas,
Y os juro á mi salvación
Que en la escarpia de una almena
Os ahorco como á un traidor.—
Ibáñez á estas palabras,
Como una tigre veloz,
Saltando sobre la mesa
Ligero una copa asió.
De un paso salvando el trecho
Que le aparta del Barón,
—Brindemos, dijo.

—Á esta noche—

Bustos repuso,—á mi amor.
—Á mi cabeza, don Bustos,
Que, clavada en un lanzón,
Os recuerde á todas horas
Toda una noche de amor.
—¿Es un insulto?

—Es un brindis.

¿No le aceptáis?

—¡Sí, por Dios!

Bebed, y aquesa cabeza
Sea la última ilusión
Que alcancen á ver mis ojos
De mi féretro en redor.

—¡Sea!

—¡Sea!

Y afirmando
Tan sacrílega intención,
Todo el licor se sorbieron
De un solo trago los dos.





Está la noche serena;
Melancólica la luna
Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrión pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
Ni césped, ni flor, ni espiga
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.

Vese á lo lejos la sierra
Como aparición extraña,
Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.

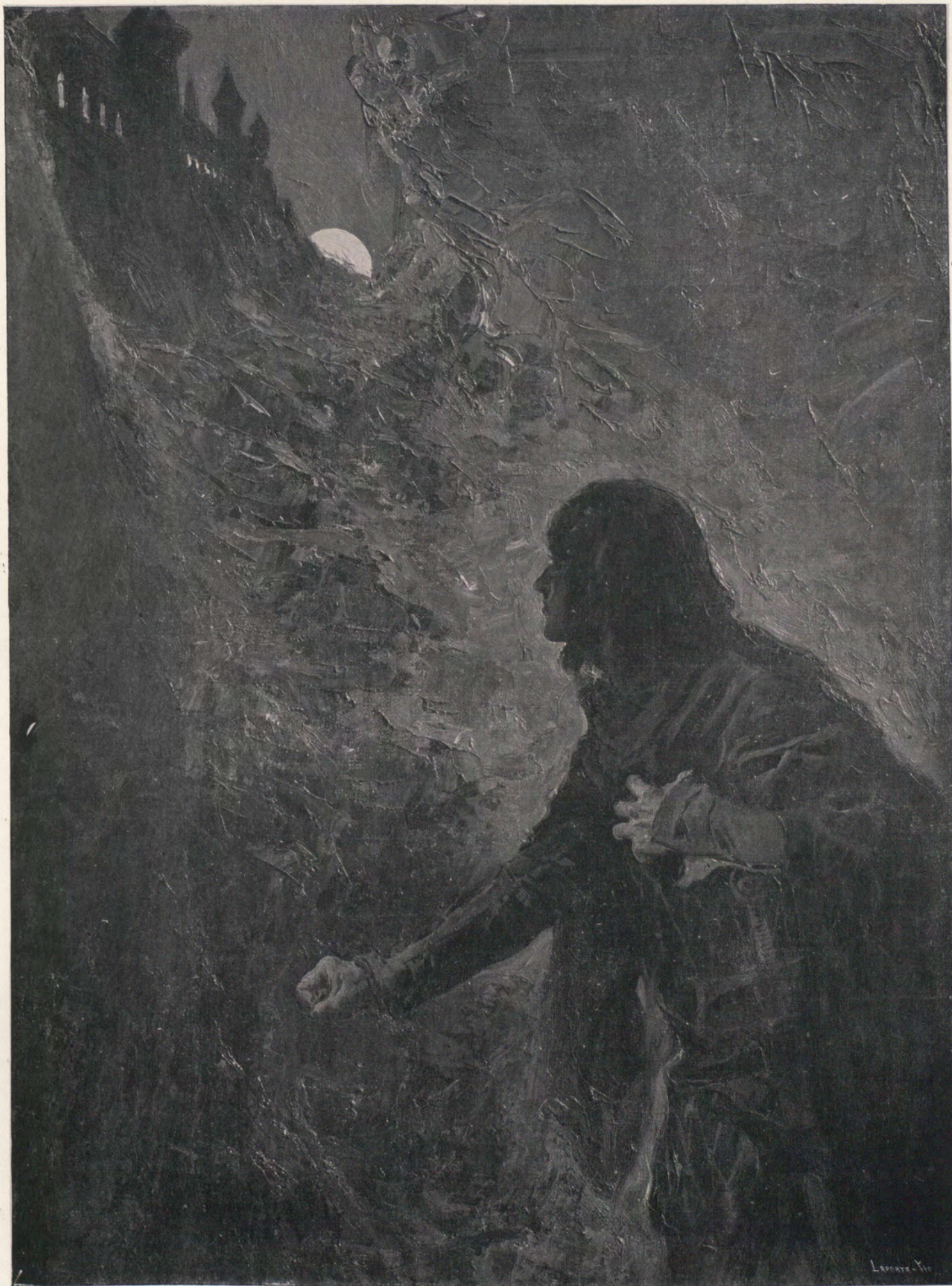
Tal vez del mastín atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo al lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina
Yace el lugar solitario,
Acogido el vecindario
Al cerro que le domina.

Sobre él el negro castillo
De don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbra
Al resplandor amarillo.

Y aún vomitan sus ventanas
En confusión infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

Aún puede oirse por ellas,
Con el brindis del Barón,
El seco y discorde són
Del vino y de las querellas.



Sobre él el negro castillo
De don Bustos se columbra,
(*Las dos Rosas*, pág. 123.)

Viénense allí á dibujar,
Con la luz de las bujías,
Mil medrosas fantasías
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
Radian en la lobreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.

Al pie del áspero muro
Inmoble en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afán,
Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibáñez
En insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado
De una convulsión mortal:
Vese en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no más;
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y, mojándolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.
Amante desventurado
Y desdeñado galán,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.

Porque ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros días
Más que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusión celestial,
Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
¡Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fué tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle más cerca
Engañado zozobrar!
¿Dó están las fragantes flores,
Las bendiciones dó están
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?
Él fué á la sangrienta guerra,
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;
Y ella, en tanto, deslumbrada
Ó acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.

¡Oh, que esas risas confusas
Que oye á través del cristal
Desde el infame castillo
Á la atmósfera brotar,
Le parecen los aullidos
Con que una turba infernal
Aplauda atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal
El bien que en despecho eterno
Infeliz él llorará.
Ellos brindis y cantares,
Y amor y felicidad,
Y él lágrimas y dolores
Que nunca se acabarán.
¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,
Resignado dejará,
Aunque él su ofensa no olvide
Que la olviden los demás!
Mas ¿qué escucha el desdichado,
Con esa atención tenaz,
Que hacia adelante tendido
Al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
Creciendo el aliento va,
Y atenazados los dientes
Déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
De la impura bacanal,
Oyóse un canto dulcísimo
En el salón murmurar.

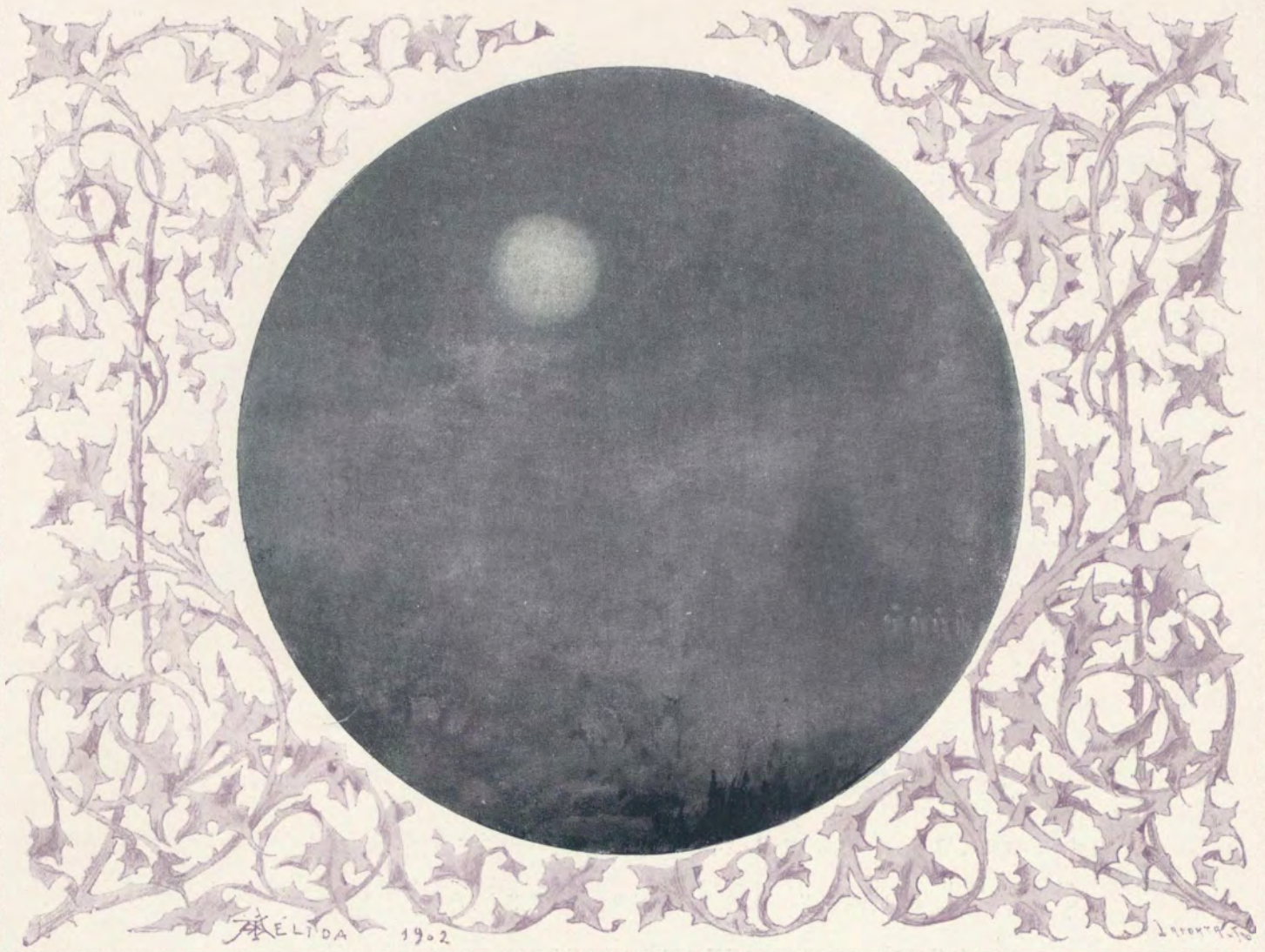
Era una voz amorosa
Y de enloquecer capaz
Al corazón más hundido
En torpe incredulidad.
Del arpa del trovador
Al misterioso compás,
Suena á pedazos, perdido
En la distancia el cantar.

*Mi vida, Bustos, y mi alma
No tengo en mi mano yo;
No tengo que darte, Bustos,
Sino cuanta guarda de fe el corazón.
Yo te le doy todo entero,
Vida y alma vuelva á Dios
Cuando le plazca, y tú, Bustos,
Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.*

Cesó el cántico, y se oyeron
Largos aplausos sonar,
Que estremecieron el aire
En prolongada espiral.
Ibáñez, como viajero
Que harto ya de caminar
Se sienta á buscar reposo
Donde ha de abrirse un volcán,
Retrocedió de aquel canto
Al desgarrador compás,
Despierto á la voz de Rosa
Su mal adormido afán.
—Dale, ya que está en tu mano,
¡Ingrata! ese corazón

(Dijo), y el alma y la vida
Que vuelvan torpes á Dios;
Dásele, que por un soplo
Con que tornaros carbón
Toda el alma y media vida,
Á Satanás diera yo.—
Y a questo diciendo Ibáñez
En agonía mortal,
Revolcábase en la arena
Hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
Bramido tan gutural,
Tan feroz, que aun á las fieras
Alcanzara á amedrentar.
Y dijérase, escuchando
El ruido que haciendo está,
Que luchaba alguna de ellas
Con otra en la obscuridad.





Rueda entretanto la argentina luna
Del vago cielo en el espacio azul,
Sombra dejando y niebla que importuna
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
Deshaciéndose en gotas de cristal,
Y cada espino que Aquilón rebaja,
Perlas por fruto transparentes da.

En confusa ilusión todo se ostenta
En la estéril llanura del país,
Entre el velo de nieblas que se aumenta
Cual pabellón colgado del cenit.

Allá en valle do la niebla impura
Tarde se posa, el rápido Carrión
Frágil rodando en soledad murmura
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua
La báquica algazara del festín,
Torpe tal vez con el licor la lengua,
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aún se alza entre el murmullo interrumpido
El brindis tumultuoso del Barón
Con el cantar de Rosa entretenido
Y el arpa del errante trovador.

Aún en los vidrios tibia se dibuja
De alguna sombra la ilusión fugaz,
Como al conjuro de andrajosa bruja
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,
Lanza celoso en iracunda voz
Los ayes postrimeros de agonía
Con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
Sanguinosa, alumbrándole al morir
Su negra antorcha vigorosa inflama
La venganza que nace de su fin.



Do quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

(*Las dos Rosas*, pág. 137.)

Pásanle por la mente dolorida
Mil fantasmas de impúdico placer,
Que embellecen sin fin la ajena vida,
La suya desgarrándole á la vez.

La imagen del altivo castellano
Entre sus sueños por do quiera está.
Do quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Do quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que la esquiva ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

—¡Maldita! entonces desolado exclama,
Maldita seas, infernal visión.—
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

—¡Oh! ¿qué me importa, el infeliz decía,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mía
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno, y por la vida y alma
Mi venganza me dé, si no mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fué de Dios.—

Más se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz;
El aura de honda obscuridad se puebla,
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz,
Creyó Ibáñez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la visión,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fatuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor;
Tal vez en él deformidad y adorno
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar;
Mas sintió el corazón sin el oído
Del triste sér la inmediateción fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,
Y la ancha mano se inundó en sudor.
Razón y ayuda demandó á su mente,
Y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,
Y en vez del césped en sus dedos cierra
Áspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hacia sí retira en vano.
Siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin; le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino: un trovador: ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el Barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
Era su paso y tardo el caminar;
Parecía que el solo pensamiento
Empujaba á la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino
Que jamás hasta entonces comprendió;
Sólo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamás el corazón.

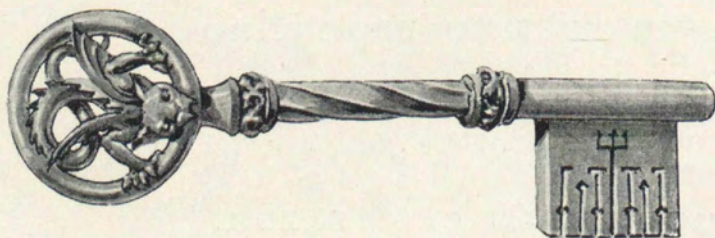
Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intención no va;
Sólo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intención cuál es;
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso obscuro
En una grieta de la peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobreguez tornóse á oír
La voz del Aquilón salvaje y rudo
Y el murmullo apagado del festín.





Quien mirara á Pedro Ibáñez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha,
(*Las dos Rosas*, pág. 141.)



Quien mirara á Pedro Ibáñez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha,
Erizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados,
Creyérale alguna sombra
Que, alzando de su sepulcro
La fría y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia exterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,

Y de una en otra perdidas
Cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
Las arañas hiladoras
Al resplandor de la luz
Los negros cuerpos asoman,
Y á la inflexión de la llama
Que vacilante y dudosa
Reverbera por los muros
Que viste tiniebla lóbrega,
Fantasmas de luz se pintan
Cuya aparición diabólica
En el punto que se muestra
Vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincón obscuro
En que la vista se posa,
Parece que amedrentadas
Quimeras le desalojan.
Á cada puerta ó esquina
Que se pasa ó que se dobla,
Parece que allá á lo lejos
Vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
Rostro y movimiento toman,
Y ya miran, ya amenazan,
Ya ríen, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
Que el alma crédula aborta
En la niñez atacada
De fábulas mentirosas.
Á pasos lentos Ibáñez
Caminando incierto, topa

Ancho salón embutido
De madera hasta la bóveda.
Allí de pez y de plomo
Y materias resinosas
Inmenso almacén juntaron,
Que para defensa propia
En tiempos tan turbulentos
Precaución ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibáñez
Á oculta causa imperiosa,
Ó de antiguo pensamiento
Á la fuerza tentadora,
Debajo los combustibles
Metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
Espesa, turbia y sonora
Nube de volátil humo
Con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibáñez á tientas toma
La ruta por donde vino
Hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
Asaltando una tras otra,
Llegó á la torre en que Bustos,
Señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
Circundada á la redonda
De un terrado que rematan
Las almenas protectoras.
Á su amparo, y defendidas
De exterior ofensa, toman

La luz dos anchas ventanas
Que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez á una puerta
Una barra ponderosa
Que impide abrirla por dentro,
Y la faz pálida y torva,
Asiéndose de una reja,
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que grosera é imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Rosa y don Bustos á solas
De sus amores platican
En su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
Halagüena y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusión amorosa,
Más que nunca embebecido
En las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aún turba el licor ardiente

Cuyos vapores le embotan.
Y ella con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptüosa,
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada traidora,
Trémula dibuja en ella,
Si no los gestos, las sombras.

Si los ojos de un celoso,
Cuando las dudas le acosan,
Pudieran salvar los muros
En las alas de su cólera,
Bien pudieran los de Ibáñez
Hacer jirones ahora
La impertinente cortina
En donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
Ase, que casi las dobla,
Y los ojos de serpiente
Se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
De la tela tembladora,
Sigue el movimiento fácil
De las proyectadas sombras.
Y ajenos de aquel testigo
Busto Ramírez y Rosa,
Sus amorosas caricias

En la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos
En la morada recóndita,
Y afuera del triste Ibáñez
Las aspiraciones roncadas.
Á cada amante palabra
Que en el aposento brota,
Responde en la oculta reja.
Una blasfemia espantosa.
Y entretanto que uno sufre,
Y libres los otros gozan,
Doblar se oyó la campana
Que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer
Y el sufrimiento se corta,
Y el que antes gozaba sufre,
Y el que antes sufría goza.
Al ronco empuje del cierzo
Que con dobles alas sopla,
Crece el incendio y revientan
Las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
Las almenas se desploman,
Estremécense las torres,
Y se derrumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
Cada ventana una boca
Que humo y resplandor vomita
Y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
Que en su angustia les socorran;
En vano aterrados gritan,

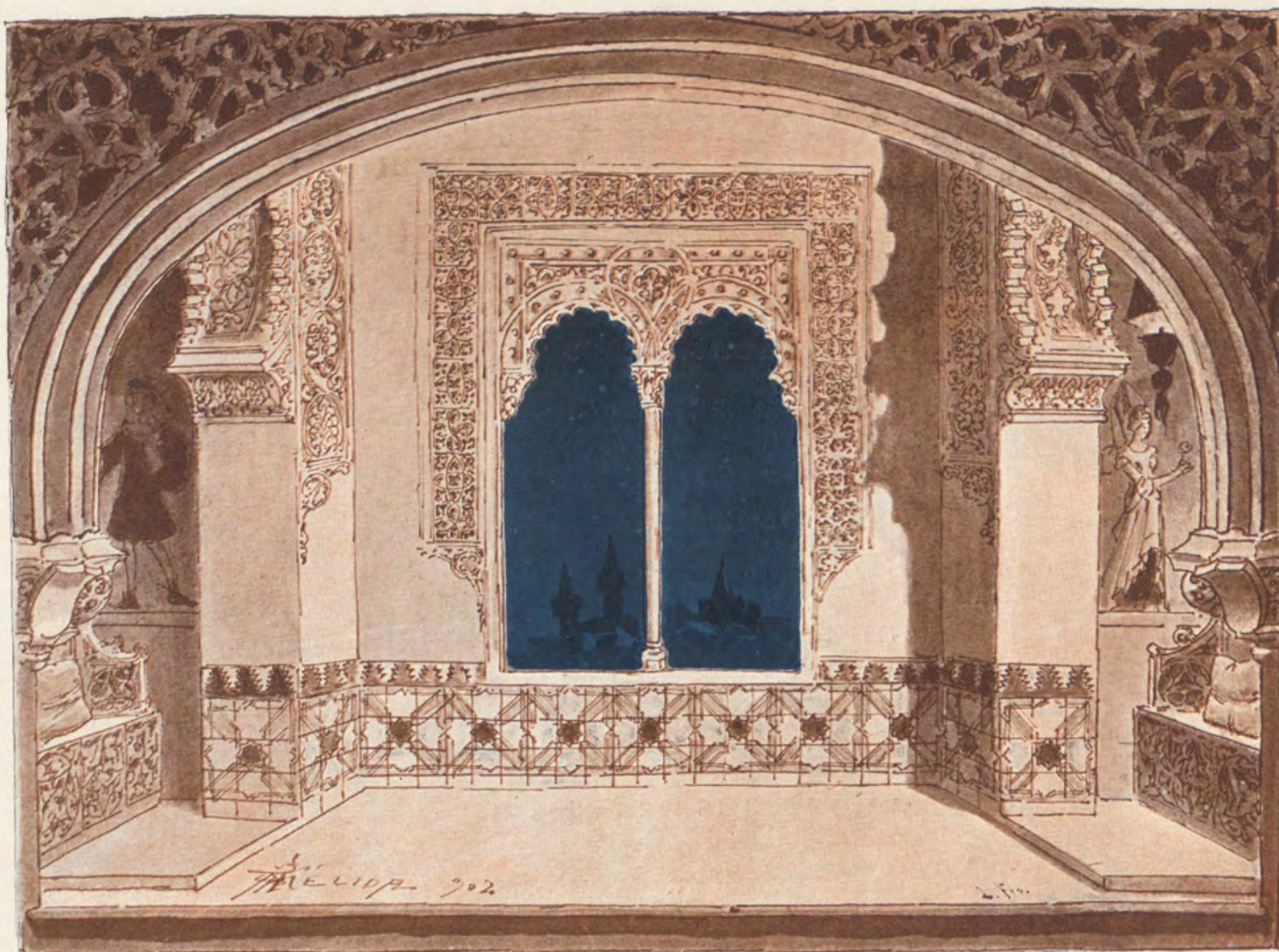
Gimen, blasfeman ú oran.
Sordos están cielo y tierra;
Denso el humo les ahoga,
Y con el són del incendio
Sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera
Á la trémula luz roja,
Se ve de los campesinos
La turba triste y medrosa,
Como viajeros curiosos
Que contemplando se asombran
Una erupción del volcán
Que fuego y peñascos brota:
Y allá del Carrión humilde,
Á la margen de las ondas,
Ibáñez también lo mira
Con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
Asida una mano á otra,
Y en una almena los ojos
Que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
Desesperada y dudosa,
Cayó en el foso la almena;
Y tras de la piedra rota
Quedó una ventana, en donde,
Como ilusión dolorosa,
Los brazos al cielo tienden
Por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
Ni se alcanza de su forma
Más que la expresión horrible

De su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
En irresistible tropa,
De cuya rabia es inútil
Implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
Puertas y muros devoran,
¿Y cómo esperar perdón
De quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
La cerró en sus pliegues toda,
Y se borró para siempre
La aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,
Y al despuntar de la aurora,
Á todo escape en un potro
Valle y castillo abandona.





Del espléndido palacio
Que ocupa en Valladolid
El rey don Juan el Segundo
Ya de su reinado al fin,
Están recordando alegres
Su antigua amistad pueril
Dos bizarros cortesanos
En oculto camarín.
Y en el continuo abrazarse
Y en el continuo reir,
Se ve que en hallarse tienen
Satisfacción infantil,
Y que cada cual se goza
La ajena historia en oír,

Como en recordar la suya
Tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
En que de entrambas al fin
Tornan á identificarse
Y su gozo á repetir.

DON RODRIGO.

¿Conque, ¡voto á Belcebú!,
Aquel antiguo soldado
Que tanto lidió á mi lado
Por mejor causa eres tú?

IBÁÑEZ.

Yo mismo sin duda alguna;
Aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO.

Mucho á entrambos acudió
Compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ.

Compáranla á una veleta
Por tan inconstante ser.

DON RODRIGO.

Dejara de ser mujer

Fortuna á no ser inquieta.

Mas otro abrazo me da
Que aún dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ.

Abrazos te iré yo dando
Si éste te despertará.

DON RODRIGO.

Mas, por Dios, que rico te hallo
Ibáñez, y á lo que veo
No ayudó mal tu deseo
Tu lanza con tu caballo;

Pues, si no me acuerdo mal,
Era tu única riqueza.

IBÁÑEZ.

Expatrióse mi pobreza
Merced al favor real.

Dijeron de mi valor
No sé qué, y Conde me hicieron.

DON RODRIGO.

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ.

No, sino con mi favor.

Debióme la vida el Rey
En Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO.

¡Oh! pues voto á Barrabás
Que fueron hombres de ley.
Y ¿qué hacen viéndote rico
Esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ.

Don Pedro llaman atentos
Al que llamaban Perico.
Yo les dispenso el cumplido
Y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y después
Se van por donde han venido.
Pero á ti, por vida mía,
Que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO.

Tanto, Ibáñez, porfié,
Que salí con mi porfía:
No me tocó, como á ti,
Condado, ni valimiento;
Pero en oro puro cuento
Cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ.

Y á bien que, si la memoria,
De tu ambición no me engaña,
No te basta toda España.

DON RODRIGO.

Aquí paz y después gloria.
Poseo lo que me basta
Para tener envidiosos,
Amigos menesterosos
Y una numerosa casta.
Aturdido me dejaron
Á mi vuelta tales gentes;
No sé cuándo mis parientes
Así se multiplicaron.

IBÁÑEZ.

¿Y consiguen de su afán...?

DON RODRIGO.

Lo que los tuyos de ti:
Pídenme, niego, y así
Por donde vienen se van.

IBÁÑEZ.

¡Justo! Así; beso por beso,
Y puñada por puñada.

DON RODRIGO.

Cual ella me fué obligada
Por mi gente me intereso.

Pero bien está; y responde:
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
Con el resplandor de Conde?

IBÁÑEZ.

El antiguo hace seis años
Humo es, como bien has dicho;
Que vienen tras un capricho
Un millón de desengaños.
Pero hoy...

DON RODRIGO.

Oyéndote estoy,
Concluye. ¿Por de contado
Que estarás enamorado?

IBÁÑEZ.

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO.

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ.

Como un oro.

DON RODRIGO.

¿Niña?

IBÁÑEZ.

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO.

Pues ya no la falta más
Que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ.

Lo cierto en ello no sé:
Pero en la corte introdujo
Su llegada tanto lujo
Que casi escándalo fué.

DON RODRIGO.

Pues por Dios que la fortuna
No se cansa en tu favor.
Pero tendrás de su amor
Prendas que...

IBÁÑEZ.

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO.

¿Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ.

No por cierto, mi Rodrigo.
Yo solo soy quien consigo
Finezas y valimiento.

Es cierto que no hay Barón,
Hidalgo, Conde ó Marqués
Que no rindiera á sus pies
Su fortuna y su blasón.

No hay trovador ni galán
Que en cantares y torneos
No se exceda en galanteos
A Rosa de Montalván.

Todos los ojos en ella
Detiene la multitud,
Porque tiene de virtud
Cuanto de rica y de bella.

Mas ella por importunos
Acredita sus festejos:
Todos los ojos de lejos
La gozan, cerca ninguno.

Y te aseguro en verdad
Que, aunque la amo como un loco,
No estimo, Rodrigo, en poco

Por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso,
Y más estoy de orgulloso
Cuanto más feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ.

No pude tanto saber.

DON RODRIGO.

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ.

Porque nada se concilia
De haber nacido en la Galia,
Y en Aragón y en Italia
Tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO.

Y pienso que también es
Hasta francés é italiano.

Pero, pues es rica y bella
Y os amáis los dos así,
Tanto es ella para ti
Como eres tú para ella.

Cuando estemos más á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ.

Esta noche la verás,
Que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,
Y esta noche he de saber
Si puede y cómo ha de ser,
Que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO.

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ.

Estoy decidido;
Tanto en sus ojos me abraso,
Que este mismo mes me caso
Si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO.

Prodigio será en lo bello,
Según de perdido estás.

IBÁÑEZ.

Esta noche la verás
Y decidirás en ello.

Entretanto, hasta después,
Que el Rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz.
Y que en verla habré solaz
No te olvides.

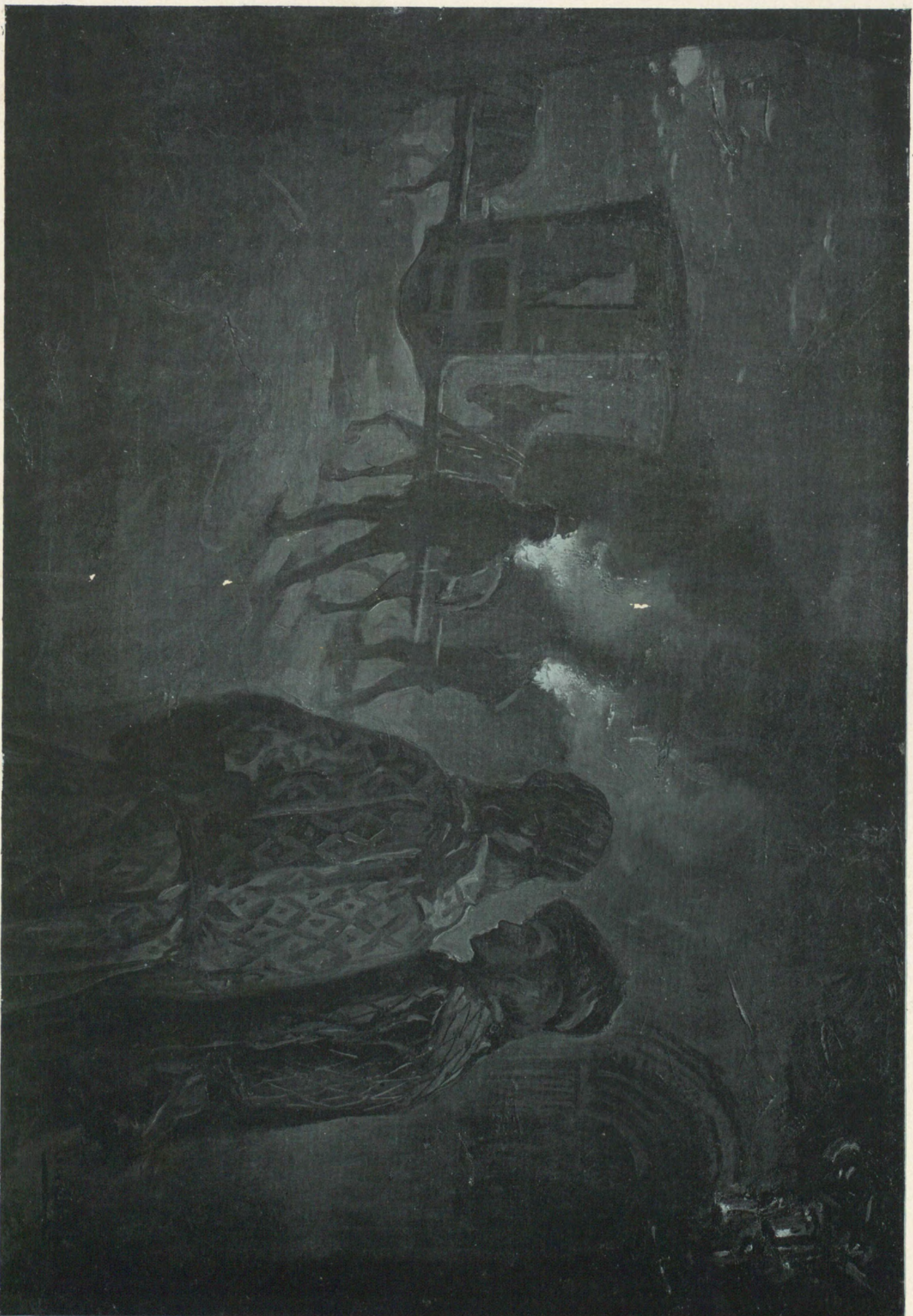
IBÁÑEZ.

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera
Que daba al cuarto del Rey,
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibáñez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aún le parece que le oye,
Que le abraza y que le ve;
Tanto el encuentro de Ibáñez
Fué á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
En que, perdido tal vez
En recuerdos deliciosos,

Quedó distraído en pie,
Los ojos en la mampara
Que cerró al salir aquél,
Y una sonrisa en los labios
De verdad y sencillez.
Al fin, soltando un suspiro,
Exclamó el rostro al volver:
—¡Por la Virgen que me alegro!
¿Quién lo imaginara de él?





Van platicando dos hombres;

.....

Y á lentos pasos, recorre

Via igual una litera

Seguida de dos hachones;

(*Las dos Rosas*, pág. 161.)



Por la plaza de San Pablo,
 Ya bien entrada la noche,
 Del Palacio Real volviéndose
 Van platicando dos hombres;
 Y á la luz que reverberan
 Dos moribundos faroles,
 Aunque no se ven sus rostros,
 Sus figuras se conocen.
 Á corto trecho delante,
 Y á lentos pasos, recorre
 Vía igual una litera
 Seguida de dos hachones;

Y entre las verdes cortinas,
Á los rojos resplandores,
Se divisan dos mujeres
Sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
Por la obscuridad informe
Como de los sueños pasan
Fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran
Y en los oscuros colores
Que viste la comitiva
De las cortesanas nobles,
Un no sé qué se trasluce
De rápidas precauciones,
Que todo parece envuelto
En invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
Se ven los rostros inmóviles,
Los ojos cristalizados
De los negros servidores.
Y algún crédulo dijera
Que en tal misterio se esconde
Un cumplimiento severo
De las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
De la ilusión de la noche,
Porque, entrados en un patio
Los hidalgos, se disponen
Á recibir á las damas,
Á quien parece que rondan,
Según del alcázar fueron
Detrás de ellas hasta entonces.

—¡Rosa mía!—exclamó el uno,
Prestando en los escalones
Primeros el brazo á una,
Al parecer la más joven.
—Estáis, don Pedro, servido.—
Ella pronta respondióle,
Abandonando en las suyas
Una mano que él recoge.—
Mi madre consiente en ello,
Y excusando dilaciones,
En vos está la tardanza.
—Porque tal dicha se logre
Perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
Que no he de olvidar jamás.—
Aquí á los anchos salones
Llegaban de su palacio,
En cuyos ricos primores
Es bien que audaces los ojos
Se admiren cuando se posen.
De finísimos tapices
Toda la sala vistióse,
Mullida en el pavimento
Alfombra de vivas flores.
Candelabros de oro y plata
Por las mesas y rincones,
Y vajillas y preseas
Doquiera en aparadores.
Rosa y Don Pedro sentados
Esperaron á que torne
Don Rodrigo, que acompaña
Á la madre desde el coche,

Delante una chimenea,
Cuyos morillos de bronce
Teniendo están, disolviéndose,
En ceniza medio roble.
Entre las llamas volubles
Lanzan los rojos tizones
Chispas que naciendo espléndidas
Desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
En espirales deformes,
Despedido por las llamas
Que brotan á borbotones.
Y por doquiera que el tronco
Lentas ó voraces orlen,
Hierva la sabia que mana
Resistiendo sus furores.
Entró por fin don Rodrigo,
Y apenas Ibáñez vióle,
Tomándole de la mano
Delante Rosa le pone:
«—Esta es mi esposa», le dijo.—
Alzó Rodrigo la noble
Frente, y la beldad de Rosa
Viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salón,
Y al cruzar por los portones,
Á Rodrigo, que le sigue,
Pedro Ibáñez preguntóle:
—¿Qué te parece de Rosa?
¿Otra más linda conoces?
—¡Por Dios (contestó Rodrigo)
Que no la hay entre los hombres!

Y así permitan los cielos
Que tantos años la goces
Como ella tiene de deudas
A los cielos de favores.





Era Rosa de célica hermosura,
Rica de gracias, rebosando amor,
Trasunto de la esbelta criatura
Que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
Risa los labios y marfil la tez,
Donde la calma de la infancia brilla,
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
Á género, ni siglo, ni país,
Ni terrena beldad llega ni iguala
De la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
La leve huella del enano pie,
Y tiene más de vaporosa sombra,
De inefable visión, que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos
Al impulso de céfiro fugaz,
Velando de la espalda los hechizos
Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla en la mórbida cintura,
En grupos que sujeta el cinturón,
Los pliegues de la blanca vestidura
Que agita ligerísima en redor.

Como las aguas de elevada fuente
Caen en hebras de líquido cristal,
Y el aura con mansísima corriente
Las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,
En la corte, en el baile, en el festín,
No hay ojos ni atención para otra hermosa;
Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
En medio de ruidosa sociedad,
De las damas sin duda aborrecida
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los pies de sus balcones
Guardias perennes embozados son,
Y óyese de estocadas y canciones
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en misión de amores
Dueñas y pajes aguardar se ven,
Ya ramilletes de tempranas flores,
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
Ni billete ni flor á recibir,
Del palacio jamás la soberana
Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso
El eco suave de su acento oyó,
Ni una mirada por su afán penoso
Gozó de Rosa parecida á amor.

Ninguno supo su pasada historia;
Nadie el solar en que nació cuál es,
Nadie de su beldad tiene memoria,
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra
De sus esclavos á inquirir llegó,
El secreto tenaz en que se encierra
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
Corren de ello tal vez en la ciudad;
Mas posan en tan vanos fundamentos
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre sólo su palacio abierto,
Libres sus salas encontró tal vez,
Y de su audacia y su fortuna incierto
Pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez sólo de la linda maga
Tocó la mano y escuchó la voz.
Ibáñez sólo de placer se embriaga
Cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas
Velado en la nocturna obscuridad,
Que cuando ronda sus doradas rejas,
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso
Por un cariño le volvió un desdén,
Porque con fácil y abrasado beso
Una mirada le pagó tal vez.

Sólo testigo de su amor demente
Fué don Rodrigo y admiró su amor.
Sólo con él su mercenaria gente
La fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera,
Él la idolatra á cada instante más,
Y por desprecio de la corte entera
Su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla
En que refleja tan dudosa luz,
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,
Un inmenso cercano aparador,
Los vasallos están de más nobleza
Que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
Damas é hidalgos en el real festín
Brindan y cantan á la ansiada boda,
Mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
Con largo y libre interminable són,
Y el aire denso y perfumado llenan
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa
Ebrio de amor y de ventura está,
Y cuanto admira la beldad de Rosa
Crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
Entre cuyos vapores nada ve
Más que el camino que tras largo empeño
Le trajo de esta noche hasta el Edén.

Rosa se muestra como nunca bella,
Cual nunca Ibáñez por azar la vió,
Aunque hoy encuentra perspicaz en ella
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta
De una vaga ilusión de otra mujer,
Con cuya oculta realidad no acierta
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
No es de su Rosa la continua faz,
Y aun le parece que su frente hermosa
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
Y de los brindis los efectos son.
Mas su cariño á su ilusión se presta,
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
Más le contenta y satisface más;
Y aunque, ebrio acaso, la razón no alcanza,
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento,
Todo en desorden por final quedó,
Y ambos á paso vacilante y lento
Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
Cruzaba apenas tan dudosa luz,
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se ve del firmamento azul.





CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que, envidiosa ó imprudente,
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibáñez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos
Y aliviada de las joyas.

Él en sus brazos la aduerme
En ilusión amorosa,
Más que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aún turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella, con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba
Vela á los profanos ojos
La escena voluptüosa;
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella,
Si no los gestos, las sombras.
¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibáñez; vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuitas,
Su deshonor y su gloria.

No hay más pasado en su mente,
Más porvenir no ambiciona,
Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frío involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,
Cual si en sepulcro pudiera
Convertírsele la alcoba.
Algunas veces, mirando
Los ojos de la que adora,
Creyó alcanzar dentro de ellos
Alguna imagen diabólica.
Alguna vez, embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusión dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
—¿Qué piensas, Ibáñez mío?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo?—
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante,
Su espanto y asombro doblan;
É Ibáñez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.

—¿Qué sientes?

—¡Oh! nada, nada;

Mas la vista se me borra,

Los objetos me vacilan:

Cielos, ¿qué es aquesto, Rosa?

—¿Que dices, que no te entiendo?

—¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:

Mas tal vez mi fantasía

Se me está volviendo loca.

No sé por qué, mas el miedo

Que de mí se posiona...

¡Oh, ciégame con tus labios,

Ven á mis brazos, oh Rosa!—

Echóse en ellos la niña,

Ansioso Pedro abrazóla,

Mas al tocarla dió un grito,

Como quien espigas toca.

—¡Quemas!—la dijo espantado;

Y soltándola en la alfombra,

Se miró el triste los dedos

Con que sostuvo su forma.

Ella seguía diciéndole

Con sonrisa seductora:

—¿Qué tienes, Ibáñez mío,

Que cuanto dices me asombra?—

Y él con ojos aterrados

Continuaba en su congoja,

Contemplándola sin habla

En convulsión espantosa.

Al fin con hondo cariño

Ella las manos le toma,

Diciendo con voz más suave

Que el murmullo de las hojas:
—Amor mío, vuelve en ti;
Yo soy, mírame, tu Rosa;
Tú me lo has dicho, alma mía,
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—
Sonrió apenas Ibáñez
Y medroso preguntóla:
—He soñado, ¿no es verdad?
Tú me despiertas ahora.
—Sí por cierto, esposo mío:
Tú me has dicho tantas cosas...
Tantos delirios... que casi
Temí contigo estar sola.
—¡Oh! sigue, sigue... ¡Qué dulce
Me suena tu voz hermosa!
Sigue.

—¿Quiéres que te cuente
Para adormirte una historia?
—Sí, sí, dime cuanto quieras,
Con tal que tu acento oiga.
—Pues escucha, que tal vez
Se disipe tu congoja.—

Ibáñez, como quien sale
De pesadilla penosa,
Su voz escuchaba atento
Suave, argentina, sonora,
Sin acertar á entender
La sensación dolorosa
Que un momento antes le hacía
Su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
Ella á su lado en la sombra,

Esto á Ibáñez le decía
Risueña y voluptüosa:

«En un tosco pueblecillo.
Aunque no recuerdo dónde,
Vivía un Barón ó un Conde,
Que es igual, en su castillo.

»En este pueblo vivía
Una villana, ¡oh hermosa!
La reina más orgullosa
Por ella se trocaría

»Rosa, como yo me llamo
La villana se llamaba,
Y un pobre hidalgo la amaba
Tanto como yo te amo.»

Ibáñez en su embeleso
Dulcemente sonrióla,
Y besándola en los labios
Siguió la niña su historia:

«Vióla el Barón cierto día,
Y al contemplarla tan bella,
Ciego de amores por ella
Sólo por su amor vivía.

»Pródigo la regaló,
Y tal su cariño fué,
Que por prenda de su fe
Su mano la prometió.

»Ella, avara ó inconstante,
Casóse al cabo con él.
¡Fué una noche bien cruel

Para el olvidado amante!

»Este llegó de la boda
El mismo día anterior;
Alas le prestó el amor...
¡Vana diligencia toda!

»De su ventura testigo
Sólo él, llorando su duelo,
No halló para su consuelo
Un pariente ni un amigo.»

Á estas palabras Ibáñez
Embebido interrumpióla:

—Tu voz me encanta, mas pienso
Que es triste ese cuento, Rosa.

—Oísele á un peregrino
En una sentida trova;
Mas deja que te le cuente,
Porque es muy linda la historia.

«Despechado en su aflicción,
Maldiciendo su fortuna,
Dejó la fiesta importuna,
Y abandonando el salón,

»En que los brindis doblaban,
Bajó en su afán amoroso
Á llorar al pie del foso
Lo que en la torre cantaban.

»Era una noche serena,
En que la brillante luna
Reflejaba en la laguna
Con la luz de Enero llena.

»Todo estaba en soledad

Velado en vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Huellas de esterilidad.

»Hervía el río á lo lejos,
Medroso el viento sonaba,
Y el aire espeso vibraba
Del agua con los reflejos.

»El negro y alto castillo
Allá en la sombra se vía
Del blanco fanal que huía
Al resplandor amarillo.

»Y aún en murmullo infernal
Lanzan sus rojas ventanas
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

»Aún puede oirse por ellas,
Con el brindis del Barón,
El ronco y discorde són
Del vino y de las querellas.

»Y sus vidrios de colores
Radian en la lóbreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.

»El amante desdeñado,
Sin poder con su dolor,
Pensó en su amargo furor
En verse al menos vengado.

»—Por ese breve placer
»Exclamó, diera al infierno
»Cuanto Dios puso de eterno
»En mi despreciable sér.»

Tembló pavoroso Ibáñez
Á estas palabras de Rosa,
Palideciendo al impulso
De una sangrienta memoria.
Y ella con triste sonrisa,
Entre doliente y sardónica,
Siguió, á los ojos de Ibáñez,
Cambiando su imagen propia.

«Á su sacrílego ruego
Diz que el infierno le dió
Por el alma que perdió
Una venganza de fuego.

»La torre á poco altanera
Brotó llamas de su centro;
Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.

»Años esta noche hará
Que el castillo se incendió.
Media vida el galán dió,
Y ahora mediándose está.»

—¡Cielo santo! clamó Ibáñez
Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa.
¿Qué es esto? ¡La luz me falta,
El ambiente me sofoca!...—
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa

Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con ímpetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparición horrible,
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa,
Y al són de la ardiente llama
En voz le decía cóncava:
—¡Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda;
Diez años eran de vida,
Y están mediándose ahora.





Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparición horrible,
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa,
(*Las dos Rosas*, pág. 184.)



Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

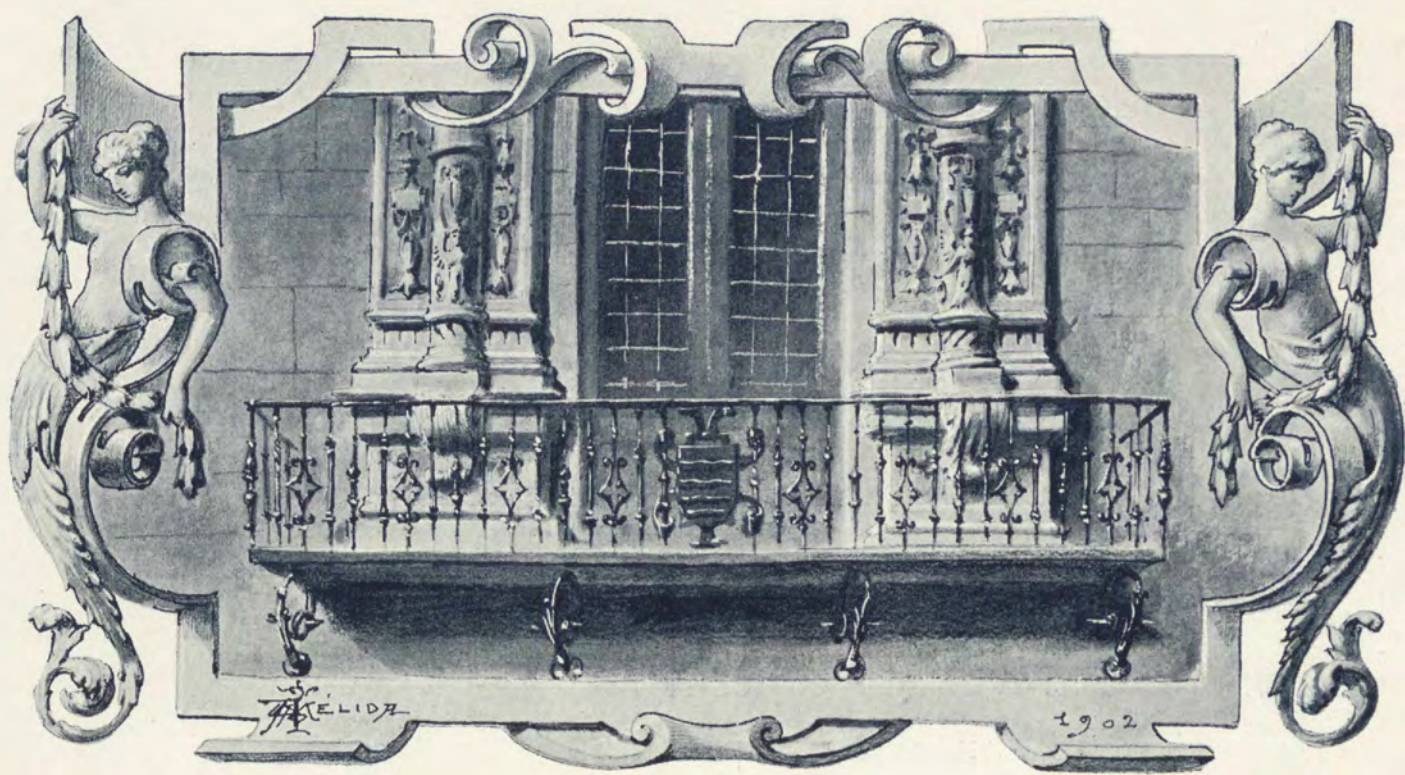
TRADICIÓN DE TOLEDO

ILUSTRACIONES

DE D. ALEJANDRO FERRANT

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS

DE D. ARTURO MÉLIDA



I



ENTRE pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.

Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus pies pasando
Con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste
No le aqueja su amargura.

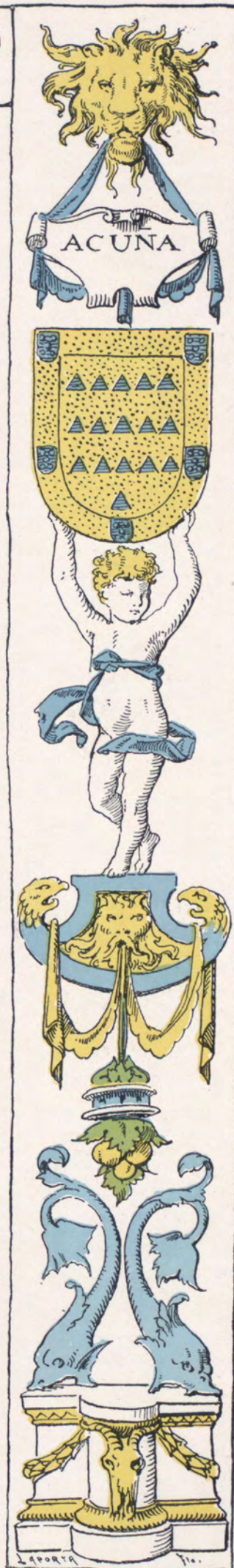
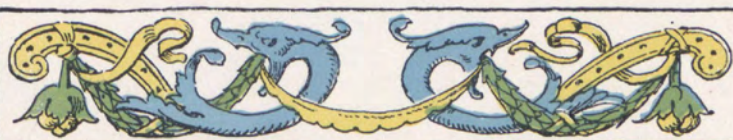
Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcón á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento
Ni en la callejuela obscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusión nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta
«¿Quién va?» y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
«¿Quién va?» repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde: «Un hidalgo; ¡calle!»
Y el paso el bruto apresura.

—Téngase el hidalgo,—el hombre
Replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle—
Repusieron con medida,—
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone—
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaución difusa
Salió una niña al balcón
Que llama interior alumbra.
«¡Mi padre!» clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave, pidiendo
Á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron, en el embozo
Velando la catadura.



Salió una niña al balcón
Que llama interior alumbra.
«¡Mi padre!» clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave, pidiendo
Á sus gentes que le acudan.

(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)



— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved más bien si me haréis calle —
Repusieron con mesura, —
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.

(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)



En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.

(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)



II

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando á su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.

Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanosa la bañe.
Á lo lejos en la vega
Tiende galán por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje;
Y porque su altiva gala
Más á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
Á su receloso amante,
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes
Subió el Cid sobre *Babieca*
Con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.

Á este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al Rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande;
Y aquí la antigua basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los Padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;

Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decisión de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una mujer, también sola,
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
Y en lo flexible del talle
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale,
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.

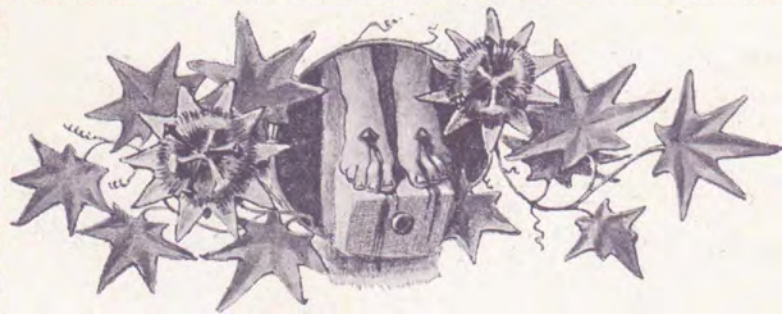
Mas ella, galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe;
Y así quien mancha mi honra
Con la suya me la lave:
Ó dadme mano de esposo,
Ó libre de vos dejadme.—
Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo,
Repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mía se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
—Júralo—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado, y baste.
—No me basta, que olvidar

Puedes la palabra en Flandes.
—¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo CRISTO delante.—
Vaciló un punto Martínez,
Mas, porfiando que jurase,
Llevóle Inés hacia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
Á quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes;
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:

—Diego, ¿juras
Á tu vuelta desposarme?—
Contestó el mozo:

—¡Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.





Preguntóle:

—Diego, ¿juras

A tu vuelta desposarme?—

Contestó el mozo:

—¡Sí juro!—

Y ambos del templo se salen.

(*A buen juez mejor testigo*, pág. 196.)



III

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abrume
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos
Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor;
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondía,
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
Á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
Doraba el sol de Occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algún olmo, que escondido
Creció entre la hierba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada obscura.

Y algún pez, con cien colores
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
Á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

Á lo lejos, por el llano,
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y, llegando recelosa
Á las puertas del Cambrón,
Sintió latir zozobrosa
Más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

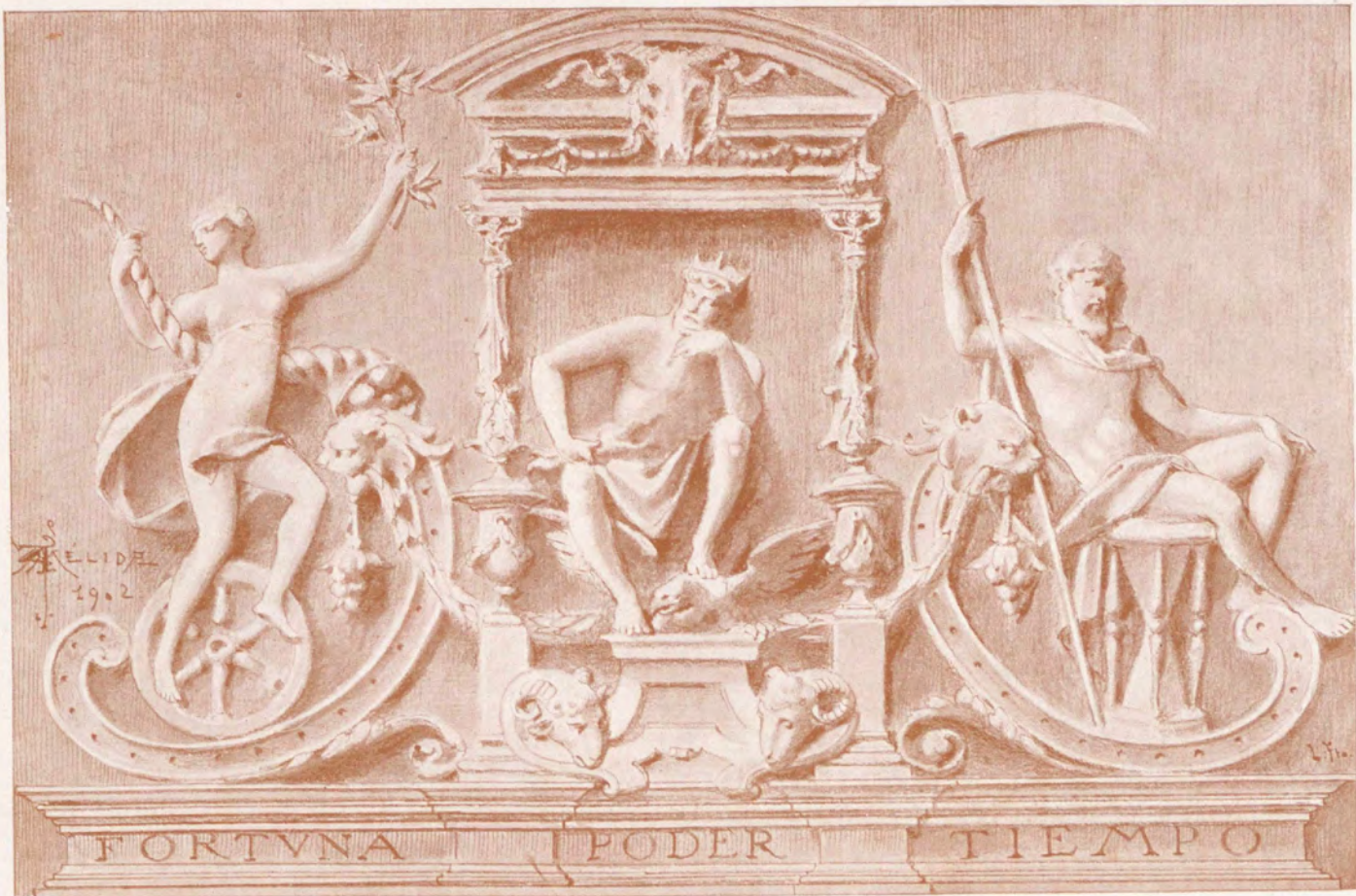
Asióse á su estribo Inés,
Gritando: «¡Diego, eres tú!»
Y él, viéndola de través,
Dijo: «¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!»

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido,
Sin que más voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
Encomendóla á su gente,
Diciendo: «¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas!»

Y aplicando el capitán
Á su potro las espuelas,
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las obscuras callejuelas.





IV

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,

Que el mismo Rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias.
Ni cura de sus lamentos,
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso;
Que ni él prometió casarse,
Ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.

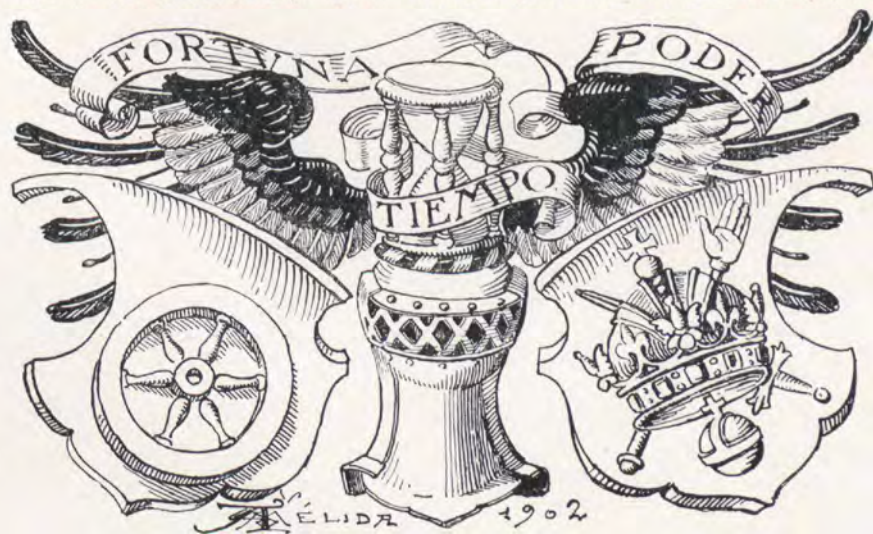


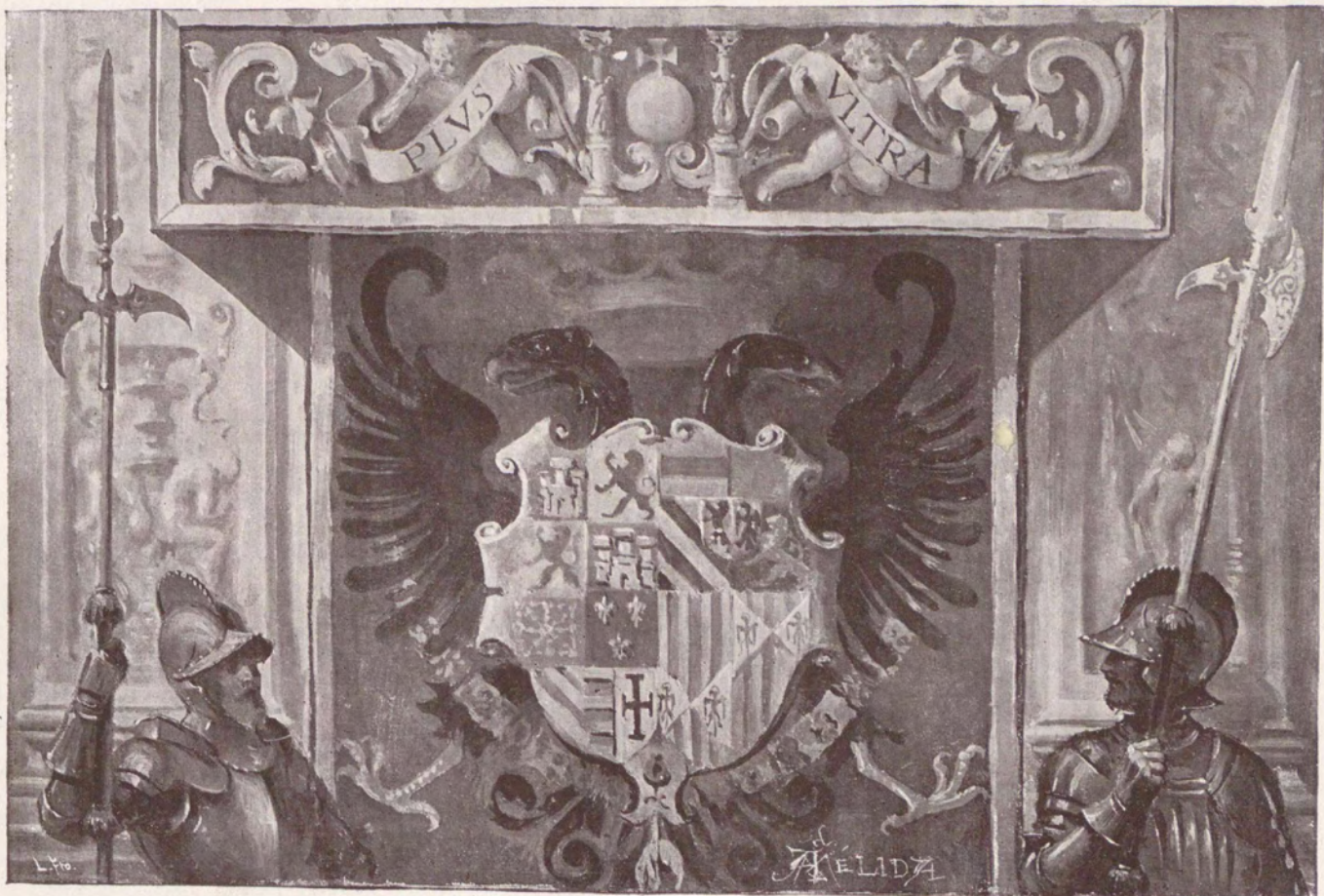
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.

(A buen juez mejor testigo, pág. 207.)

Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego
No ha ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
«Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.»

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo,
Á pasos desatentados
Salióse del aposento.





V

Era entonces de Toledo
 Por el Rey gobernador
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcón.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el bastón.

Está como presidente
Del tribunal superior
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón,
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador;
Los jueces, medio dormidos,
Hacen pliegues al ropón;
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde són
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón,
Diciendo á gritos: «¡Justicia,
Jueces; justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan alrededor.

Alzóla cortés Don Pedro,
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—Sí, ¡por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empenó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró.»

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz
Dijo: «El capitán Don Diego.»
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán Don Diego—
Díjole Don Pedro—vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?

—Há tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento

De ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés, llorando
De despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme, gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.



Pusiéronse en pie los jueces
 Al nombre de Redentor
 Escuchando con asombro
 Tan excelsa apelación.

(A buen Juez mejor testigo, pág. 213.)

¡Llamadle otra vez, señor!
Volvió el capitán Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.
—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio
Donde há tiempo que expiró.
—¿Luego es muerto?

—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,
Á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

«La ley es ley para todos;
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la vega
Tomaréis declaración.»





VI

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*,
Por el Cambrón y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Ibán de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Y cada cual comentando
El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reajo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el Gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.

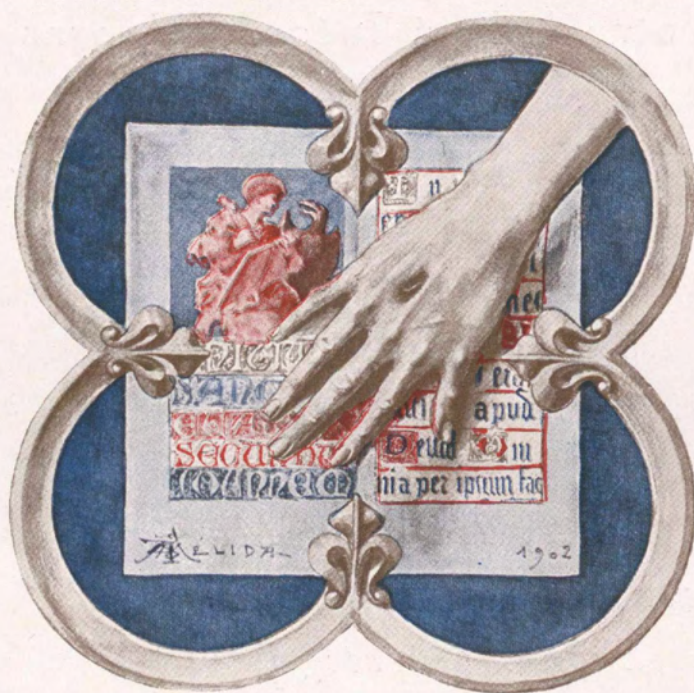
Encendieron ante el CRISTO
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.

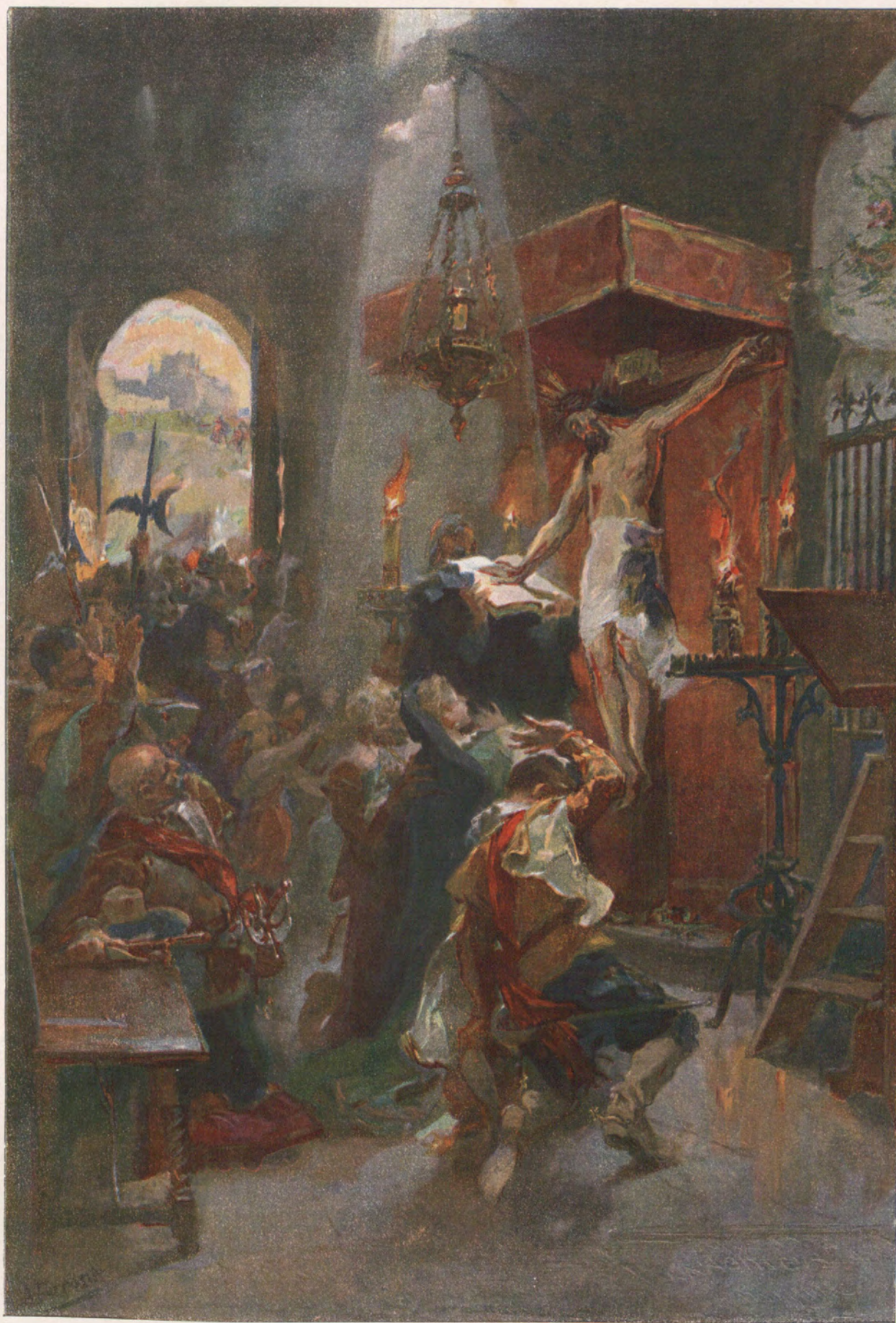
Está el CRISTO de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martínez,
Á otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al Gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:

*«Jesús, Hijo de María,
Ante nos esta mañana
Citado como testigo
Por boca de Inés de Vargas,
¿Juráis ser cierto que un día
A vuestras divinas plantas
Juró á Inés Diego Martínez
Por su mujer desposarla?»*

Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos

La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—¡SÍ JURO!—
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.





Y allá en los aires — ¡ Sí juro! —
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen Santa....
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.
(A buen juez mejor testigo, pág. 218.)



CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,

Y Don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada un año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.



LA SORPRESA DE ZAHARA

ROMANCE DE 1481

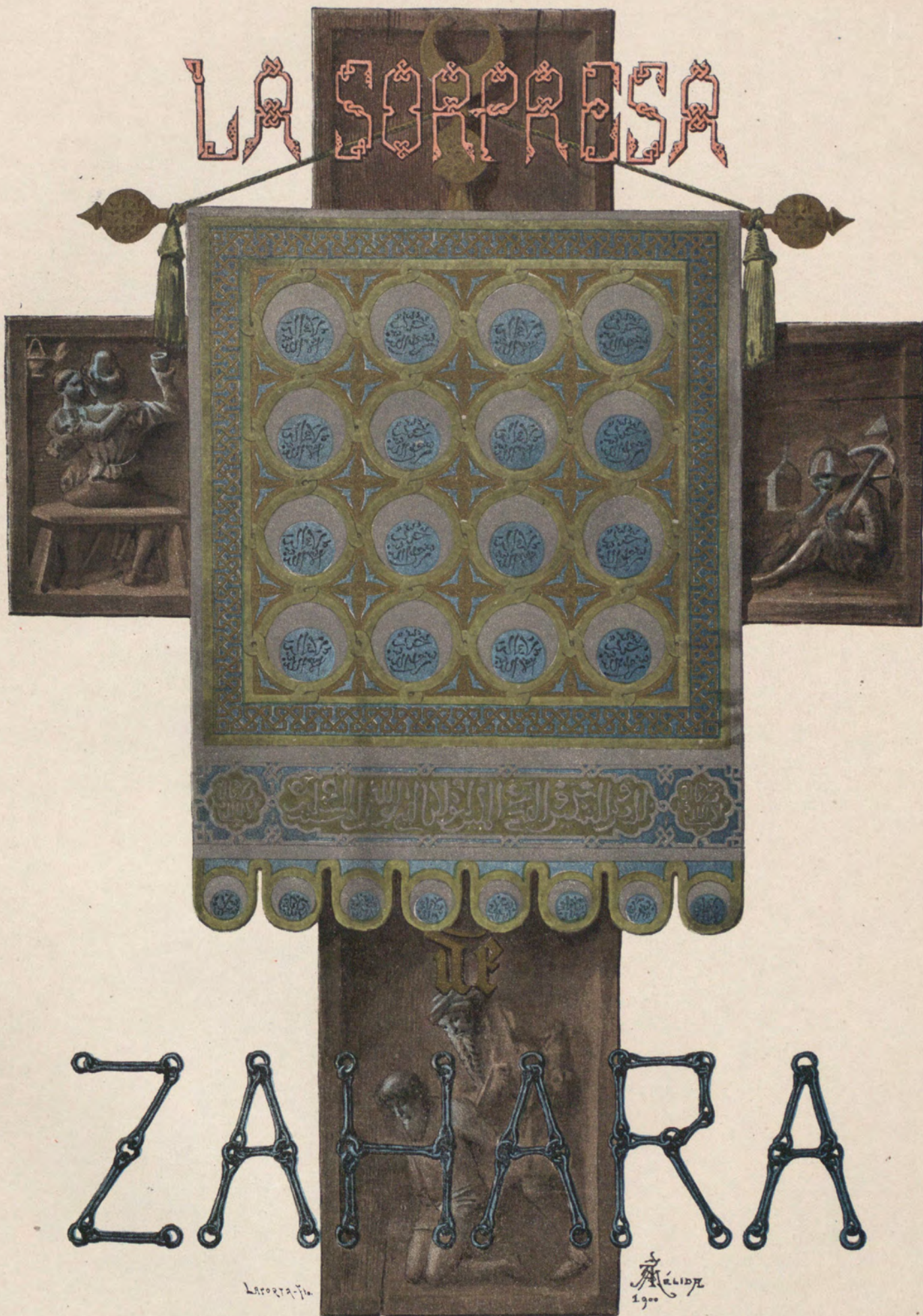
ILUSTRACIONES

DE D. JOAQUIN SOROLLA

PORTADA ALEGORICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS

DE D. ARTURO MÉLIDA

LA SORPRESA



Lacortá-jia

Mérida
1900



I



STÁ Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta obscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al Occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.

Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendón flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.

Allí los moros pusieron
Sus atalayas un día;
Un foso después abrieron,
Y la villa concluyeron
Porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos extraños
Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares,
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientras ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brío de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobrepuestos blasones
De Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,
Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque más fácil se atiende
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
Malamente entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
Son además los soldados
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza
Más advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en holganza
Jugaban zambras y toros.

«De más á esos perros ya
La villa estuvo sujeta»,
Dijeron; «vamos allá,
Que por nosotros está
La voluntad del Profeta».

Misteriosa expedición
Propusieron á tal fin;
Y para aquesta ocasión
Dieron gentes en unión
La Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazém
Con gente muy escogida,
Y dicen los que le ven:
«Alá te lleve con bien
Y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar
El musulmán con la mano,
Diciendo el arco al cruzar:
«Le tengo de festonar
Con cabezas de cristiano.»

La tarde estaba nublada,
El viento ronco gemía,
Y gruesa lluvia pesada
La noche apenas entrada
En anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz
La luna entre nubes pardas,
Y brilló en la obscuridad
El relámpago fugaz
En broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas en los almetes,
Caminaban los jinetes
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,
Iba escuchando el rumor
De los pasos á compás,
Después iba un atambor
Y los soldados detrás.

Iban entre los peones,
En vez de picos y palas
Y estrepitosos cañones,
Muchos moros con escalas
Para entrar los torreones.



Iban entre los peones,
En vez de picos y palas
Y estrepitosos cañones,
Muchos moros con escalas
Para entrar los torreones.

(*La sorpresa de Zahara*, pág. 228.)

La luz del siguiente día
Apenas cumplida fué,
Ya Zahara se descubría;
Llegó la noche sombría
Y la tocaron al pie.

Contó el Rey cuidadosamente
Las hogueras y señales,
Consultando diligente
Sus espías, y su gente
Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó
Los jinetes y escuderos;
Y él mismo después trepó
Con algunos caballeros
Y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,
Zumbaba agitado el viento
Rodando en la obscuridad
Y azotando la ciudad
Con temeroso concento.

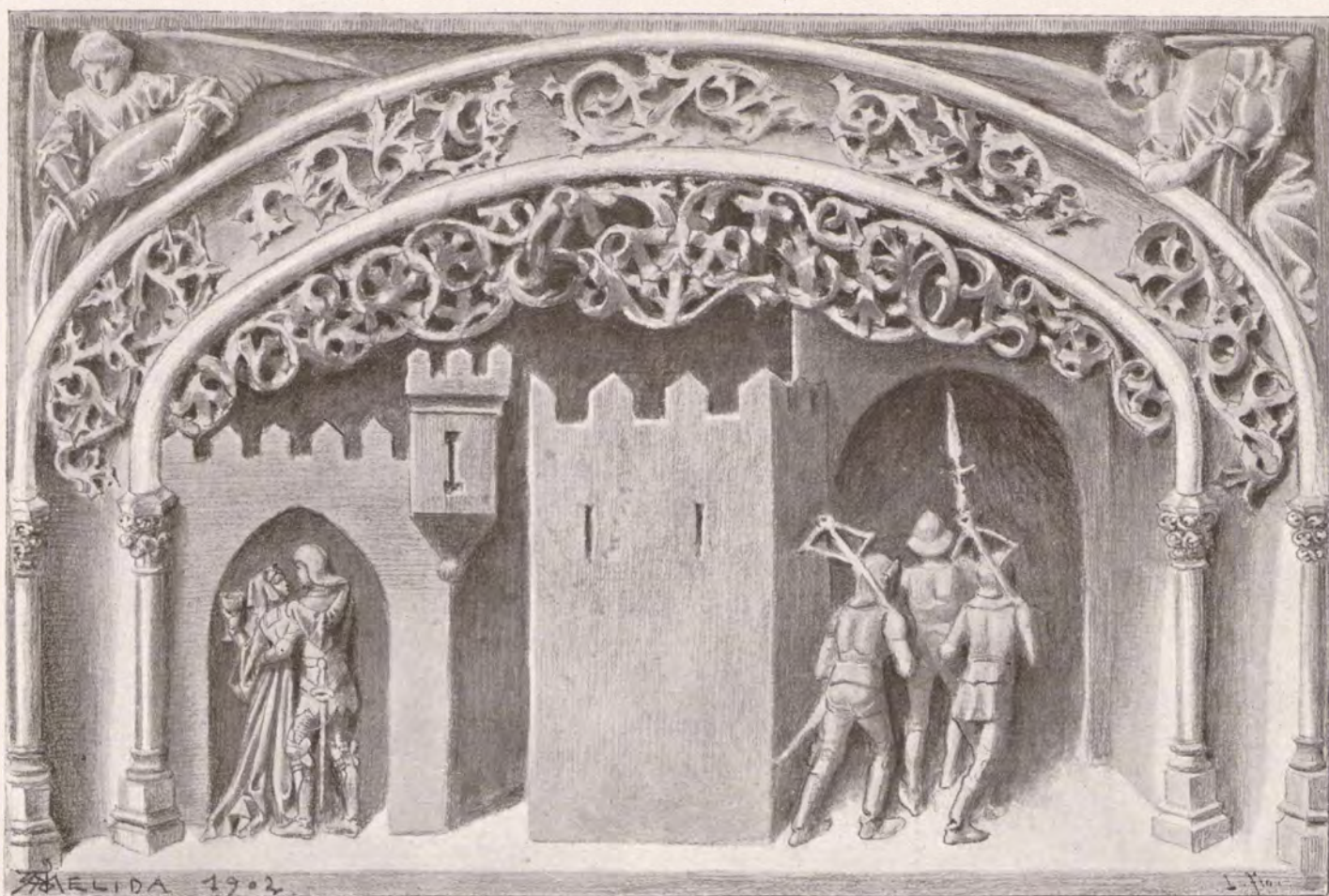
Se oía caer bramando
La lluvia de las montañas
De peña en peña chocando,
Á la llanura arrastrando
Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
Aturdido el centinela
Murmuró humilde oración,
Acurrucado al rincón
De la covacha en que vela.

Y al calor de su gabán,
Con el monótono arrullo
Que allí las aguas le dan,
Durmió rendido su afán
Oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,
Fijó el rostro en la rodilla,
Y así soñó el veterano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.





II

Es grato en el blando lecho
Oir el viento que brama,
Y el agua que se derrama
Sobre los techos rodar,
Oir en la estrecha calle
El rumor acelerado
De las armas del soldado
Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
Oir crecer la tormenta
Que cambia al pasar violenta
Las veletas de metal.

Y oír zumbir sacudida
La mal sujeta campana,
Y oír en la ancha ventana
Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
El tímido infante llora,
La madre le mece y ora
Con religioso pavor:
El enfermo se acongoja,
Y el amante desespera,
Que acaso vela y le espera
Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos
Ó velaban ó dormían:
Sólo en la villa se oían
En la densa obscuridad
El agua de las goteras,
El vago mugir del viento
Y el ronco y medroso acento
De la negra tempestad.

Sólo en apartada torre
Del mal guardado castillo
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
Sus apodos insolentes,
Que en todo hallan tales gentes
Contentamiento y placer.



Helio Dujardin, Paris

*Y en el calor de la orgía
Y el vapor de los torres
Disertan de sus amores
En obscuro platicar*

(La sorpresa de Zohara, pág. 233)

Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgias
Y el vapor de los licores
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Que su lengua irreligiosa
Sin respetos y sin vallas
Sólo de sangre y batallas
Ó mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas
Con los soldados más mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademán,
Que osadas y descompuestas
Ó blasfemando ó riñendo
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una expresión más feroz;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores
En dos bancos apoyado
Cantaba un viejo soldado
Al són de un roto rabel,

É hiriendo á compás la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Aullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reían y danzaban
Completando la embriaguez;
Y sus sombras en silencio
Gigantescas agitadas
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

—«¡Á ellos!»—gritaron voces,
Y entraron el aposento
Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazém,
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas también.

Lidieron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
Á los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
Á las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos

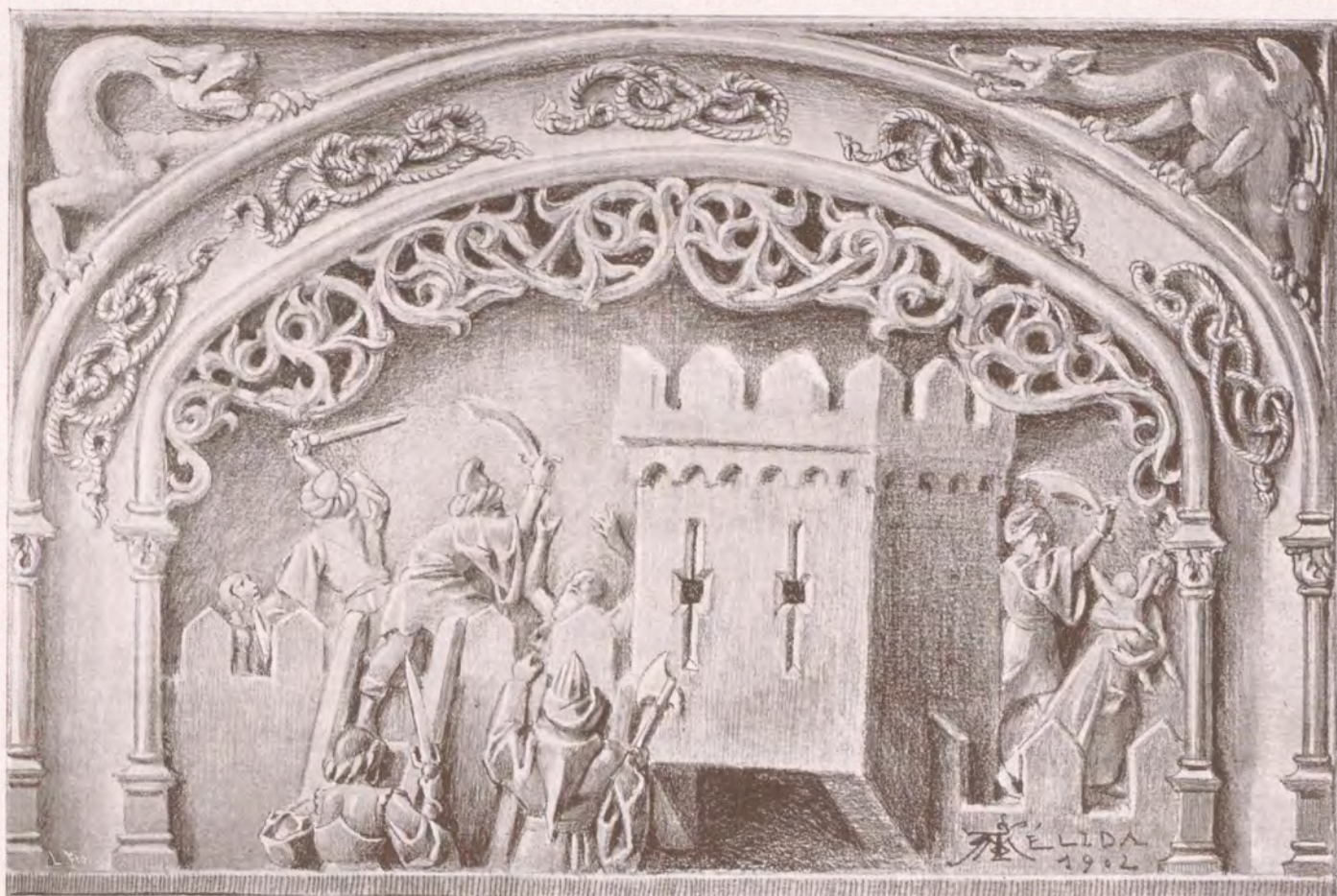
Por los árabes se vieron,
Á quienes con lengua y ojos
Pedían piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel la dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,
En tropel como ganados
Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas
Las de noche tan sangrienta;
¡Á quien de allá pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.





III

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
Sin hallar sitio en la atmósfera,
Que asaltada por la lluvia
Entre la lluvia se ahoga,

Y tanta gala los cielos
Ostentan cuando la acosan
Que con mundos de cristal
La bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara
Que acaso por pecadora
La castiga, y ver no quiere
Los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
Cerró su misericordia;
Vendó con nieblas sus ojos,
Y su clemencia hizo sorda
Por no ver al rey Hazém,
Que en medio la gente mora
Amarra dos mil cristianos
Al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
Sobre una yegua de Córdoba
Con la crin hasta el estribo,
Y hasta la tierra la cola;
Y como el cielo la empapa
En las aguas que la mojan,
La cola y la crin parecen
De espumas, algas y esponjas.
La plaza cercan los moros
Donde dos á dos arrojan
Los cristianos que cautivan,
Los cautivos que sollozan.
Allí mujeres y ancianos,
Allí vírgenes y esposas
Juntan á golpes y á gritos
Entre algazara y chacota.



Casi desnudos los llevan
Á todos por más deshonra
Hasta el centro de la plaza,
Donde á la intemperie opongan
La desnudez de las carnes,
Su temblor y sus congojas,

(*La sorpresa de Zahara*, pág. 239.)

Casi desnudos los llevan
Á todos por más deshonra
Hasta el centro de la plaza,
Donde á la intemperie opondan
La desnudez de las carnes,
Su temblor y sus congojas,
Y á los ojos de los moros
Los defectos de las formas
Ó las castas perfecciones,
Que con torpes ojos hozan.
El noble rostro hacia el suelo
Los tristes vencidos tornan,
Por ocultar en los ojos
Las lágrimas con que lloran:
Que la libertad perdida
Sin infamia nos agobia,
Pero mata y avergüenza
Perder libertad y honra.
Caíales por los hombros
El agua, porque furiosas
En su cabeza las nubes
Reventadas se desploman;
Que cuando al fin Dios castiga
Muestra su justicia toda,
Pues la maldad de los hombres
Toda su clemencia agota. .

Mandó Hazém que los cristianos
Guardados por buena escolta
Vayan delante á Granada
Por la vereda más corta;
Mas viendo que los ancianos
Y los enfermos le estorban,

Á su guardia de Gomeles
Dijo impaciente en voz ronca:
«Llegarán los que llegaren,
Los mozos á las mazmorras,
Las muchachas al serrallo
Y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos
Bohordos en Bibarrambla,
Torneos para los nobles,
Para el pueblo luminarias.
Cuelgan de púrpura y blanco
Miradores y ventanas,
Y el populacho á las puertas
Al Rey impaciente aguarda.
En la vega están los ojos
Y en la vía de Zahara,
Que el Rey envió corredores
Á decir que está ganada.
Añafles y atabales
Por honra y por fiesta sacan,
Y en corros moros y moras
Gritando y riendo saltan.
«¡Viva el Rey!», dicen algunos,
Y otros gritan: «¡Muera Zahara!»;
Y todos á los vencidos
Insultan, mofan é infaman:

Que siempre quien vence grita
Porque los vencidos callan,
Porque las lenguas se sueltan
Donde las manos se atan:
Porque la risa provoca
Tal vez la ajena desgracia,
Y al que nace desdichado
Hasta compasión le falta;
Que quien cae pone á los otros,
Para que pasen, la espalda,
Y maldición es que lloren
Algunos lo que otros cantan.
Así ondean los pendones
En las torres de la Alhambra;
Así Granada la bella
Se viste imbécil de gala
Cantando, hoy loca, las glorias
Que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos
Entre la neblina parda
Á pasos descompasados,
Como los cautivos andan:
Que como el alma les pesa,
Así les tiembla la planta.
Delante y detrás los moros
Y por los lados los guardan
Los alfanjes en la diestra,
Los broqueles á la espalda.
Siguen después los jinetes
Y nobles con el Monarca,
Los lanzones en la cuja,
En el arzón las adargas;

Mostrando bien los caballos,
En su perezosa marcha,
La fatiga del camino,
Lo largo de la jornada;
Que traen el arnés mohoso,
Deslucidas las gualdrapas,
Hasta las crines el lodo,
Desde las crines el agua.
Cuando á la puerta de Elvira
Los zahareños llegaban,
Cantaba el pueblo su triunfo
Con vítores y algazara.
Aplaudían con las manos,
Con panderos y sonajas,
Al són de los duros hierros
Que los otros arrastraban.
Cesó de pronto el aplauso,
Susurraron en voz baja
Palabras que nadie oía,
Pero todos murmuraban.
Ojos había en la turba
Obscurecidos con lágrimas,
Y ojos que con luz sombría
Para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
Los prisioneros entraban,
Ancianos, madres y niños,
Entre broqueles y lanzas,
Sin respeto á su inocencia,
Á su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
Traían desesperadas



" Todos son esclavos míos,
 Al serrallo las muchachas,
 Los mozos á las marmorras
 Donde más á luz no salgan,
 Y los viejos que los maten,
 Pues no me sirven de nada ".
 (La Sorpresa de Zahara, pág. 243.)

En los maternales brazos
Y en los brazos de su alma.
Movidos á compasión
Los moros de pena tanta,
Sus ojos de los cautivos
Indignados apartaban.
Las madres libres llorando
Atropellando los guardias,
Á las cristianas cautivas
Sus propias telas regalan,
Y parten los alimentos
Que á los moros preparaban,
Entre los tristes esclavos
Que los devoran con ansia.
Algunos, más altaneros,
Acaso los rehusaban;
Que el pan de la esclavitud
Entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazém
En los estribos de plata
Viendo la piedad del pueblo
Y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
Le eche su crueldad en cara,
Atropelló con su yegua
Por la turba aglomerada,
Dividiendo así los moros
Y los esclavos de Zahara.
«¡Adelante!» gritó airado
Con la voz ronca de rabia.
«Todos son esclavos míos;
Al serrallo las muchachas,

Los mozos á las mazmorras
Donde más á luz no salgan,
Y los viejos que los maten,
Pues no me sirven de nada.»
Calló el pueblo amedrentado,
Obedecieron los guardias,
Y el Rey subió con los nobles
Á toda rienda á la Alhambra.





Á las puertas reverentes
Delante su Rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al Rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miráran.

(*La sorpresa de Zahara*, pág. 245.)



IV

Sentado está el rey Hazém
En un morisco almohadón,
Y muchos moros se ven
Cruzar e ancho salón
Para darle el parabién.

A las puertas, reverentes
Delante su Rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al Rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miraran.

Mirra y esencias de flores
Arden en pebetes de oro,
Y el sol de los miradores
Anubla el humo de olores
Que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido
Dos fuentes azafranadas,
Y en su murmullo perdido
Se oye el trinar dolorido
De las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal
Cerradas las hay tan bellas
En la bóveda oriental,
Que el aire parece mal
Sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley
Y viéndolas suspiró:
«En vano me llaman Rey—
Dijo—si como ellas yo
Esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así
En ese encierro imagino;
Mas ellas placen ahí,
Y en eso quiso el destino
Diferenciarlas de mí.»

Volvió con tal pensamiento
Á suspirar otra vez,
Bajó el rostro macilento,
Pero, repuesto al momento,
Demandó con altivez:

—¿Los cristianos qué se hicieron?
—En las mazmorras están
En cadenas—respondieron.
—¿Los condenados murieron?
—Si no han muerto, morirán.—

Volvió el Rey á meditar
De los suyos recelando,
Y siguieron á la par
Las fuentes su susurrar
Y los pájaros cantando.

—Alá nos dió la victoria,—
Siguió el Rey:—«¿qué dicen de ella?—
Todos callaron.—Fué gloria
Ganarles villa tan bella;
Tendránlo á fe en la memoria.—

Harto el rey Hazém habló;
Los cortesanos callaron
Que el pueblo indignado vió
Que los cautivos entraron
Como perros que él ató.

Y los moros presentían
Que, la tregua quebrantada,
Los cristianos entrarían
Por las vegas de Granada
Y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el Rey estaba
La turba sin contestar;
Que mal con su Rey andaba
Desque vido que mandaba
Á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazém,
Sin hallar paso mejor;
Que sabe el príncipe bien
Que sangre mancha también
El laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
Trinaban los ruiseñores,
Y el sol en ambas corrientes
Sus rayos más transparentes
Deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
Contornos dando á sus sombras,
Estampan las formas vanas
De sus historias livianas
En las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir
vino una voz de dolor:
«Preparaos á morir»
Se oía á gritos decir
Á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
Impacientes á la entrada,
Y repetir escucharon:
«Tus glorias se marchitaron;
¡Ay de ti, bella Granada!»

Entró el hombre en el salón
De musulmanes cercado:
Érase el tal un santón
Que vivía en la oración,
Del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo
Gritando en la obscuridad:
«Granada, los estoy viendo:
¡Ay de la hermosa ciudad,
Tus muros están cayendo!»

Los moros viéndole entrar
Delante se le inclinaron,
Y él siguió en su predicar:
«¡Los estoy viendo llegar
Y vuestros días contaron!

»¡Ay de ti, la desdichada
Ciudad reina de ciudades!
Por el cimientto horadada,
Los cielos en ti, Granada,
Lloverán calamidades.

»Es en vano resistir:
¡Ay de ti, reina de Oriente!
Alá te manda morir,
Los estoy viendo venir;
¡Ay ciudad! ¡ay de tu gente!»

Harto ya Hazém de escucharle,
Furioso le preguntó:
«¿Quién eres?» Sin contestarle
Gritando el santón siguió,
Y el Rey volvió á preguntarle.

«Enviado soy de mi Dios—
Dijo el moro,—y dióme el cielo
Un mensaje para vos.»
Y el Rey: «Pues ve que en el suelo
No hay más oídos que dos.»

Siguió entonces el santón,
Muy loco ó muy confiado,
Su doliente relación,
Con el monarca encarado
Y á guisa de inspiración:



* Cuando vengan los cristianos,
— Siguió volviendo á los moros,—
Lanzas tenéis en las manos;
Cerrad con ellos, villanos,
Como cerráis con los toros.*
(*La sorpresa de Zahara*, pág. 251.)

«La tregua está quebrantada
Y á muerte al traidor sujeta.
¡Ay de ti, bella Granada,
Cayó en ti, desventurada,
La maldición del Profeta!

»Borrada su suerte hallé
Del pensamiento divino;
Por ti, ciudad, mucho oré,
Y para leer tu destino
Hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazém un momento,
Y enfurecido además,
Dijo, dejando su asiento:
«¡Quien leyó en el firmamento
No puede llegar á más!»

La turba ve estremecida
La rabia del Rey, y calla,
Y el Rey dijo á su salida:
«Quitad á ese hombre la vida
En lo alto de la muralla.

»Cuando vengan los cristianos
—Siguió volviendo á los moros,—
Lanzas tenéis en las manos;
Cerrad con ellos, villanos,
Como cerráis con los toros.»

ÍNDICE

	Páginas.
EL ESCULTOR Y EL DUQUE. — Ilustraciones de D. Daniel Urrabieta Vierge.	5
I.	7
II.	11
III.	17
IV.	25
V.	37
Conclusión.	43
PARA VERDADES EL TIEMPO Y PARA JUSTICIA DIOS. — Tradición. — Ilustraciones de D. Emilio Sala.	51
I.	53
II.	59
III.	63
IV.	67
V.	73
VI.	77
Conclusión.	83
LAS DOS ROSAS. — Ilustraciones de D. Cecilio Pla.	87
I.	91
II.	93
III.	103
IV.	111
V.	127
VI.	135
VII.	141
VIII.	149
IX.	161
X.	167
Conclusión.	175

	Páginas.
Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO. — Tradición de Toledo. — Ilustraciones de D. Alejandro Ferrant.	185
* I.	187
II.	191
III.	197
IV.	205
V.	209
VI.	215
Conclusión.	219
LA SORPRESA DE ZAHARA. — Romance de 1481. — Ilustraciones de D. Joaquín Sorolla. . .	221
I.	223
II.	231
III.	237
IV.	245

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS SUELTAS

	Páginas.
I. Portada de EL ESCULTOR Y EL DUQUE.	6
II. Y si los negros recuerdos.	10
III. En un claustro de un convento.	11
IV. Mirando estuvo gran trecho.	13
V. Siguieron cruzando calles.	18
VI. Delante sus ojos tienen.	19
VII. Pero si igual ha de ser.	22
VIII. Y hay un sacro absoluto.	26
IX. Volvió la carta, diciendo.	29
X. Un día de resistencia.	31
XI. No basta que de rodillas.	33
XII. Quedóse la Tisbe sola.	34
XIII. Hacia el palacio del Duque.	35
XIV. Al uno con un bufido.	38
XV. Ahí tenéis vuestro dinero.	38
XVI. Y se perdían sus ojos.	40
XVII. Y desgarrado el vestido.	41
XVIII. Y rebosando despecho.	41
XIX. En vano á tus carceleros.	45
XX. Y á esta idea el escultor.	47
XXI. Y en las manos la cabeza.	48
XXII. Portada de PARA VERDADES EL TIEMPO Y PARA JUSTICIA DIOS.	52
XXIII. Suplicóla tan rendido.	57
XXIV. Topó al volver una esquina.	60
XXV. Y asiendo el vaso con rabia.	62
XXVI. Parten la calle en silencio.	62
XXVII. Por eso llora Juan Ruiz.	64

	Páginas.
XXVIII. Pero apenas el reflejo.	70
XXIX. Juan se mantuvo constante.	75
XXX. Y el embozo hasta los ojos.	76
XXXI. Deshicieronle el embozo.	79
XXXII. Portada de LAS DOS ROSAS.	88
XXXIII. Vela un pastor el misterio.	91
XXXIV. La asió don Bustos, y dijo.	116
XXXV. ¡Eh! don Pedro, mi pariente.	121
XXXVI. Mas don Bustos atajándole.	122
XXXVII. Sobre él el negro castillo.	128
XXXVIII. Do quier del sueño entre el tumulto vano.	137
XXXIX. Quien mirara á Pedro Ibáñez.	141
XL. Van platicando dos hombres.	161
XLI. Vió sentada sobre el lecho.	184
XLII. Portada de Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.	186
XLIII. Salió una niña al balcón.	190
XLIV. Téngase el hidalgo — el hombre.	190
XLV. En esto desde el balcón.	190
XLVI. Preguntóle, Diego, juras.	196
XLVII. Y así, llamando á su gente.	207
XLVIII. ¿Quién fué? — El Cristo de la Vega.	213
XLIX. Y allá en los aires — ¡Sí juro!	218
L. Portada de LA SORPRESA DE ZAHARA.	222
LI. Iban entre los peones.	228
LII. Y en el calor de la orgía.	233
LIII. Casi desnudos los llevan.	239
LIV. Todos son esclavos míos.	243
LV. Sentado está el rey Hazém.	245
LVI. Cuando vengan los cristianos.	251





1286

E. DOMENECH